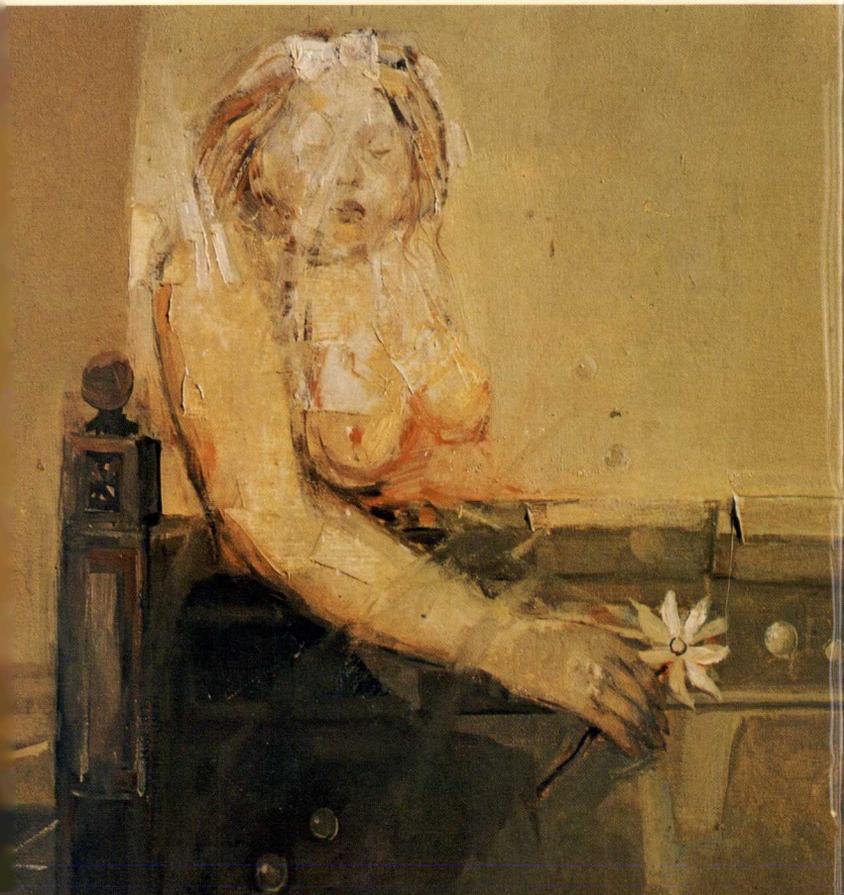




MANUEL RIOS RUIZ

# Gutiérrez Montiel.

ARTISTAS ESPAÑOLES CONTEMPORANEOS



**S**OBRE Juan Gutiérrez Montiel ha escrito el siguiente retrato el también pintor Daniel Merino: «Eres Gutiérrez Montiel, pintor de sentimiento y alma, de evolución firme, de esencia y formas que dominan los valores. Pintor de ronco cante grande, de paisajes silenciosos y de niños tristes y solos.

Pintas bulerías y cantas pintura, haces ocres y pardos como soleares y tarantos. Llevas tan dentro tu tierra que vibras cuando hablas de ella. Eres Gutiérrez Montiel, hombre y amigo siempre, pintor sensible y poeta de la baja Andalucía, donde se sabe beber buen vino, donde se



The first part of the document  
 discusses the importance of  
 maintaining accurate records  
 and the role of the  
 various departments in  
 ensuring that all  
 information is up to date  
 and correct. It also  
 mentions the need for  
 regular audits and  
 the importance of  
 communication between  
 different teams.

The second part of the document  
 details the specific procedures  
 for data collection and  
 analysis. It outlines the  
 steps to be followed in  
 order to ensure that the  
 data is reliable and  
 valid. This includes  
 instructions on how to  
 handle missing data and  
 how to deal with outliers.  
 The document also  
 provides examples of  
 data sets and the  
 results of the analysis.  
 Finally, it concludes with  
 a summary of the key  
 findings and a list of  
 recommendations for  
 future work.



Cothierres Moutiel.

MANUEL RIOS RUIZ,  
*Premio «Boscán» de Poesía  
y Premio Nacional de Literatura*



COLECCIÓN «ARTISTAS ESPAÑOLES CONTEMPORÁNEOS»

C 429 / 4



Gotierrez Moutiel.

R. 177840

© SERVICIO DE PUBLICACIONES DEL MINISTERIO DE EDUCACION, 1979.

Edita: Servicio de Publicaciones del Ministerio de Educación  
Imprime: Raycar, S. A. - Matilde Hernández, 27 - Madrid  
Depósito legal. M. 26.011.—1979  
I.S.B.N. 84-369-0717-5  
Impreso en España

## **A MODO DE PROLOGO Y DE PROCLAMA**

Todo depende y destila del compás, de un rítmico golpe donde se trasiega y se funde el garlochí, la cuita ensismada y radiactiva de la sensibilidad artística, de la justa y legítima y destocada elevación de una copa contra el trasluz —tallo en talla—, para que todo pueda brillar aunque se enlute: diamantes de la nada entre sortijas, mímica fugaz y trascendente, garbo, leches, huesos aventados, nudos de buena madera, luminarias y escondites, honores de las cosas. Esto, eso, si bien se percibe, puede ser contertulia falseta, acompañamiento de vida, odisea común, savia dulcemente heridora por las venas. Y este Juan así lo vio, allá por las esquinas de nuestra historia, donde Jerez es nombre y precipicio, limo y lumen, sol y sombra, suerte de pases de frente por detrás. Este, ¿sabéis?, es Juan Gutiérrez Montiel, sumo lanzarote, un tatuador de la música del pecho, el so-leaero que pinta la copla que le puede, natural del barrio Santiago, fauno de una estirpe con la candela en la cara y la lágrima camino de alegría

por saber pegarle un pellizco a las tormentas que nos crujen, metiéndose un clavo entre pecho y espalda hasta esperar. Yo sé dónde se encontró una noche que Shakespeare y la Señá Siguiriya retozaban pensativos entre una legión de impulsos y raíces, y, entonces, como jugando a la billalda, saltó al trascuerno los horizontes de viñas, pajares y campanas, se le hinchó la blusa como a un gorrión las plumas y vinieron las alondras a nimbarle con idílicos sueños, a ponerle en los cielos de los ojos las ascuas que quemaban y sufrían. Esto es, esto: un puñado de uvas, algarrobas, altramuces y aceitunas: una amanecida comunión con los colores y sus significados, el voltear las norias de la invención por las emociones, irse por los paraninfos de los descubrimientos personales, dando lo que se tiene si suspirar en gloria se apetece. Y ya su mundo nos entorna, se mete por la vista: tuétano despellejado de jondura, menta, lírica exaltada, hecho un cirineo de la viga de la vida. Ay, Juan, cuánto sostener las tripas con las manos, levantar las flores más allá de la tierra y de los vasos. Ay, Juan Gutiérrez Montiel, qué pedazo de bandera celeste, albariza y generosa, qué humana bravura buscando los castigos en tu maceta, viendo entre ventanas esteras, antenas y titanes, las fauces que devoran tu paisaje, esa multa que le ponen a los búcaros y a los pájaros. Y ya que eres, porque te da la gana, pintor que citas a los dorados y a los dolores desde los místicos tercios de las malvas, quiero que se sepa por reinos y parientes que desde tu frente hasta tu mano ha sonado la pincelada. el óleo, a corazón y úlcera.

## **VIDA, OBRA Y CONCEPTOS**

Se ha dicho que en arte lo que fue creado nuevo queda nuevo para siempre. Y es verdad. Tenemos delante la pintura de Juan Gutiérrez Montiel, obras suyas de distintas etapas de su quehacer gustoso, de su dedicación insoslayable, expresiones plasmadas de su trazado destino. Y tenemos la convicción de que serán siempre tan nuevas como en el preciso instante repentino de ser creadas.

Es una sensación personal, sí. Pero consideramos que tiene su motivación, sus lógicas razones. Intentemos, pues, desarrollarlas y difundirlas.

Para ello nada mejor que adentrarnos en los sentimientos del artista, conocer y divulgar sus aconteceres y avatares íntimos, redescubrirle en toda su dimensión espiritual y humana, ir al tuétano de su conciencia, al nervio más sutil de su sensibilidad.

A Juan Gutiérrez Montiel lo conocemos desde siempre en la amistad del alma. Nacimos en el mismo barrio, crecimos soñando estéticas, vislum-

brando odiseas, en un ámbito de milenios asumidos, en el corazón de un pueblo famoso, en sus callejas populares y flamencas, en la época difícil de la posguerra. Barrio de Santiago de Jerez de la Frontera, la «ciudad de los gitanos», al decir de Federico García Lorca, la de universal resonancia por sus vinos y sus caballos —en su versión de tópico manido—, o la «cuna del cante», según Eugenio Noel. Jerez de la Frontera, bajoandalucía pura, tierra o lar de acusadas diferencias sociales, ubicación propicia al caciquismo y también a la afloración del genio, a la revelación artística desde el pueblo sumiso y fustigado.

¿A pasado el tiempo desde nuestros arrebatos y sueños juveniles? Días de trabajo duro, noches de ronda por tabancos y plazoletas, copla y poema en legítima rebujina de ilusión: vida hacia la vida.

Sí, se hace camino al andar, al trabajar por algo que se siente moverse en los pulmones como un barco o una cepa. Juan Gutiérrez Montiel llevaba y lleva el arte por los ojos. Era todo pasión en celo, ingénita calentura, estaba sentenciado. Días aquellos... Días que fueron simiente de tan rotunda cosecha. Y aparece el recuerdo hecho lírica nebulosa:

«Yo no sé cuándo me picó el gusanillo. Realmente creo que nací junto a un bote de pintura del taller de mi padre. Es el de la pintura el primer olor que que percibí del mundo. Desde entonces lo amo y me envuelve. Si me alejara de él no viviría.»

Y es que «mientras la humanidad exista, la cabeza juvenil se levantará frente a la cabeza encanecida». Así lo creyó Marañón. Así descansa sobre su primer idilio sensitivo el pintor, se rehace a cada momento

y mirada, se yergue ante su edad de hoy, dirime diaria y tercamente una batalla intrínseca por su sucesión misma.

Recordar conforta, aviva y fortalece:

«En el taller de mi padre había una sección diríamos publicitaria y de decoración. Varios de los oficiales me ponían a dibujar. Lo primero que dibujé fue un águila. Tendría yo cinco o seis años entonces. Es el primer dibujo que tengo conciencia de haber realizado. Y ya no dejé de dibujar.»

Ir hacia atrás, sacar agua del aljibe del tiempo, de la noria de la infancia. Evocar:

«Mi buen padre, que siempre me ayudó mucho y fue para mí un auténtico amigo, me alentaba y me ponía muestras. El primer cuadro al óleo que realicé fue un bodegón con granadas, por indicación suya. Me dio algunos consejos para empezarlo y se marchó a sus gestiones. A su regreso, el bodegón estaba terminado. Le causó tal asombro que no quería creer que lo había pintado yo solo, sino que me habían ayudado los oficiales, pero éstos le convencieron. Fue entonces cuando se decidió mi vida, porque desde aquellos mis ocho años, mi padre no hizo otra cosa que fomentar mi afición. Ingresé en cuanto tuve edad en la Escuela de Artes y Oficios de Jerez, y más tarde pasé a la Escuela Superior de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría, en Sevilla. Luego, en la de San Fernando de Madrid.»

La figura del padre, ya desaparecido, tiene para el pintor importancia capital. Cuando lo evoca se percibe una especie de veneración latente, la que confirman los ojos, la lágrima imposible de contener.

Juan Gutiérrez Montiel es así, apasionado hasta el límite. Lo cual es, por otra parte, una buena condición de artista, de ahí que mantenga viva cierta ingenuidad natural entre su cuerpo de hombre. Algo muy valioso para crear, ya nos lo señaló Brech al decir que la ingenuidad es una categoría estética, la más concreta. Quizás sea así en Gutiérrez Montiel, y produzca ese encanto, esa pureza de sus rostros adolescentes, los que plasma con su pincel cada día.

Sigamos atrás, volvamos a sus principios artísticos. ¿Por qué no preguntarle? ¿Quiénes influyeron inicialmente en tu pintura, Juan?

«Durante mi niñez en Jerez, mis comienzos se alternaban entre la Escuela de Artes y Oficios y otras clases particulares, de un estudio a otro, hasta que surgió ante mí el primer pintor serio que conocí personalmente, alguien que regresó a la tierra después de cursar sus estudios en la capital de España. Y me llamó poderosamente la atención. No era un pintor comercial al servicio de los encargos de algunos señores jerezanos, que era lo que yo estaba acostumbrado a tratar y contemplar. Se llama este pintor Manolo Romero. Dejé el estudio donde recibía clases y junto con los jóvenes pintores Vicente Vela, Cañete, Jesús González y Ayala, formamos su grupo de alumnos, hasta que marchamos a Sevilla. Manolo Romero me formó tan a fondo, que mucho antes de ingresar en la escuela superior, realicé incluso retratos y me sentía casi profesionalizado. En Sevilla me causó gran impacto Miguel Pérez Aguilera, profesor de dibujo, quien tenía tal concepto de las formas, que tuve que olvidar todo lo que sabía y entrar en el campo del Arte con mayúscula. Aparte de estas enseñanzas directas, me sugestionaba el rico

empaste, la elegancia o prestancia de gran pintor de Pancho Cossío, al que más tarde conocería en Madrid y nunca dejará de gustarme.»

Son siempre sugestivos los inicios de todo creador, esa etapa de curiosidad y de sorpresas, de sugerencias continuas, de afanes diversos. Bien lo expresó Cezanne:

«Tengo una pequeña sensación, mas no consigo expresarme: soy como aquel que poseyendo una pieza de oro no puede, sin embargo, servirse de ella.»

Pero también decía el gran maestro del arte contemporáneo, que el tiempo y la reflexión van modificando paulatinamente nuestra visión hasta que, por último, llegamos a comprender.

¿Cuándo llegó a «comprender», cuándo tuvo su visión cierta Juan Gutiérrez Montiel?

«Cuando me trasladé de Sevilla a Madrid, cursé aquí mis estudios sin pena ni gloria, pero con los ojos muy abiertos, aunque sin querer emborracharme de arte. Empecé a presentarme a concursos para ver qué efecto causaba mi pintura en los demás. Luego me casé y tuve que trabajar como escenógrafo en los estudios de la televisión, trabajo que abandoné para enfrentarme con una realidad, con la verdadera vida profesional del pintor que quería ser. Y no era esta realidad tal como la había sublimado en mi juventud. Difícilmente llega el triunfo por la vía rápida. Me encontré con un ambiente que no me atraía nada, pues requería estar más tiempo haciendo tertulia e intrigando que en el estudio. Y trabajar en el estudio era lo que quería, es lo que en definitiva configura al artista. Como todos los que arriban a Madrid, pobre y casado, al menos esta



era mi situación, tuve que instalarme en un barrio periférico, lejos de donde se cocía todo el acontecer del mundo artístico. Recuerdo que a mi taller no iba nadie, lo cual unido a mi carácter misántropo, alérgico a ciertas camarillas, me obligó a luchar en solitario, dándome a conocer en certámenes y muestras diversas, pero finalmente he podido lograr que mi pintura se conozca y lo que ello trae consigo.»

Efectivamente, quien alguna vez haya contemplado una obra de Juan Gutiérrez Montiel, reconocerá inmediatamente un cuadro suyo, su pintura es inconfundible de tan personalísima. Este es su mejor y más acusado mérito, una propiedad que se nos antoja de suma importancia. Apuntemos al respecto aquello que le confesó un día Picasso a Sabartés: «Lo que cuenta es lo espontáneo, lo impulsivo. Esa es la verdad verdadera.»

Y es que la invención no es cosa que se aprende, ni la energía de los sentimientos tampoco, por ello muchos de los grandes creadores han considerado que las reglas son en su mayoría lugares comunes más que descubrimientos.

¿Qué significaron, pues, para el pintor jerezano, para Gutiérrez Montiel, los estudios académicos?

«Para mí, que es necesario hacerlos. Y con toda la intensidad de disciplina —aunque yo fui un tanto indisciplinado—, para luego olvidarlos y encontrarse solo ante un lienzo sin preocuparse de lo aprendido, sino de lo que siempre queda por aprender.»

Sigamos el diálogo, el cambio de impresiones, hasta la posible configuración de la trayectoria artísti-

ca de Juan Gutiérrez Montiel. Lo hacemos comentando el pensamiento de un poeta, de Paul Eluard, quien creía preciso que el hombre, el artista, se apodere de la realidad, la domine, porque la realidad no puede nunca confundirnos, ni se enmascara, según decía. Incluso aseguraba que no existía «el ángel de la realidad», sino que era un peligro que una vez contrastado no había que someterse a él. En torno a esta idea, a esta atractiva y profunda teoría, ¿cómo se ha desarrollado la evolución de Gutiérrez Montiel?

«Durante los años que he vivido en Madrid, he sentido la inquietud de pasar por todos los ismos o tendencias. Pero no por moda o frívola postura, sino porque rodeado de tantos maestros y de tantas sensaciones, y poseyendo una atenta receptiva, influían en mí de una manera que, casi inconscientemente, daba nuevos giros a mi pintura, para volver una y otra vez al punto de partida figurativo de mis principios, pero enriquecido por un bagaje de experiencias que implican mi paso por la abstracción, expresionismo, espacialismo, etc. Ahora estoy situado en una especie de neofiguratismo o neofiguración, realismo lírico a mi parecer. Pero la definición no me preocupa, son los críticos quienes lo tienen que puntualizar.»

Ante esta respuesta recordamos la teoría de Eliot acerca de la expresión propia: los sentimientos y las emociones son particulares, mientras que el pensamiento es general. Juan Gutiérrez Montiel puede estar incurso en una tendencia generalizada del arte de nuestra época, pero su expresión en esa línea tiene sin lugar a dudas un signo particularísimo.

Mas preguntémonos mismamente. ¿Expresionismo? ¿Abstractismo? ¿Figuración?

Tres o tres mil interrogantes acucian a todo pintor joven. Es muy difícil definirse, escoger el camino, una actitud. A veces el artista ensaya, trabaja, y luego se autoexamina. Por todas estas circunstancias que el arte lleva implícitas ha pasado Gutiérrez Montiel. Pero creemos que ya sabe ver claro los rumbos de su pintura jonda, entrañada en los valores eternos: el dolor, la soledad, las cavilaciones del hombre y su poesía intrínseca.

«Nunca se pierde el tiempo —nos aclara—. Toda pincelada que se deja en los lienzos es una experiencia. Todo lo que no sea autoexigencia no conduce a ningún sitio. Hay que ser consecuente además de intrépido, la osadía desquiciada es un error a la larga.»

Juan Gutiérrez Montiel habla como un intuitivo o como un poeta quizá. Estamos en su casa madrileña: cuadros, mujer, hijo. Vida íntima, libros, discos, el cante de nuestro paisano Terremoto brincando en el rincón al son de la guitarra de Manuel Morao.

Y continúa explicándose cual si pintara:

«Sé que la pintura es una quintaesencia, pero tenemos que contar con el prójimo, con sus problemas y sus vidas, por eso los llevo a mis cuadros, los pronuncio tal como los entiendo, o como me parece que son. El hombre sobre la tierra. Lo demás es accidente, fondo o tonalidad, atmósfera.»

Sin embargo hay armonía, lucidez, majestad en cada obra suya, ¿por qué?

«No será por pretensión. Mi pintura es decorativa por consecuencia de la temática y de la ejecución en sí.»

Surge después la divagación sobre el concepto. El estético, por ejemplo. Juan Gutiérrez Montiel confiesa:

«Para mí es muy complejo. En principio parto para realizar mi obra de una idea plástica, no acostumbro a realizar boceto. Por lo tanto me enfrento con el lienzo en blanco con una primera idea inmente de sensaciones poéticas, un planteamiento. Después mi pintura pasa por una serie de facetas donde van apareciendo los contenidos, para volver a empezar y llevar el presunto cuadro a sus últimas consecuencias. Y si existe el contenido es porque está en mí, porque forma parte de mí, y naturalmente, aflora. Soy un pintor intuitivo y estoy bien lejos de los conceptos apriorísticamente intelectuales. Lo que ocurre es que si en mi pintura hay dolor, es porque existe en mí, y si hay soledad, lo mismo.»

Y tras una pausa, el tiempo de encender los cigarrillos, nos sigue precisando:

«De todas las maneras creo que el arte, o la plástica, está al margen de lo bello o lo feo. Un cuadro compuesto a base de figuras atormentadas, pero bien compuestas por una buena mano de pintor, puede resultar altamente bello, profundo, incluso sumamente decorativo; aunque no necesariamente puede ser bueno lo feo, claro. Pero también lo bello bajo un ñoño concepto, puede ser malo. El quid de la cuestión está en la calidad y en el tratamiento.»

Las constantes de Juan Gutiérrez Montiel nos rodean. Son las cabezas, cabezas suyas llenas de nostalgia, el ser humano con su hambre de todo, con su soledad irresoluta, con su inquietud en las pupilas hacia un más allá soñado, unas cabezas que son

comunicación a todos los niveles presentes y futuros.

«Intento representar con ellas cuanto atormenta al espíritu y también cuanto amamos la esperanza.»

Son estas palabras la definición clarividente de una ética. El artista nos amplía el concepto:

«Mi ética consiste en pintar lo que siento, en tomar la postura más cercana a la honradez posible desde una atávica conciencia profesional; es decir, no dar gato por liebre. Se puede pintar un bodegón y ser sumamente ético, se puede pintar un retrato y hacer a la par algo tan digno como la mejor realización libre, para ello tiene que imperar en el artista unos preceptos plásticos por encima de los meramente comerciales.»

El retrato. ¿Qué problemas artísticos plantea el tradicional retrato a un pintor del instante?

«Hacer pintura. Hacer una pintura antes que todo lo convencional y extrapictórico. Por ejemplo, Cossío tiene un retrato de su madre que sin dejar de ser su madre física y psicológicamente, es antes que nada una lección de bien pintar. Por supuesto que el retrato es empresa difícil de dibujo, de formas. Y el supeditar todos estos problemas al principal es realizar una buena obra. Es verdad que hoy a casi nadie le interesa la práctica del retrato, pero sería una disciplina que muchos de los pintores de hoy no pasarían ni con un aprobado.»

Volvamos al meollo de la cuestión, ¿el dominio del dibujo es básico?

«Los grandes pintores que se han atrevido a desdibujar, o simplemente aparentan un gran desprecio

por el dibujo, suelen ser grandes dibujantes. Hay que saber mucho dibujo para olvidarlo. Claro que hay muchos tipos de dibujantes. Hay quien dibuja bien una mano y sin embargo en el concierto dibujístico que es el cuadro se pierden. Y abundando en el tema, una buena pintura abstracta es toda una afirmación contundente del dibujo-ritmo: proporción, formas, equilibrio, etc., ¿no es esto básicamente dibujo?»

Los gránulos del arte son difíciles de precisar, insistimos, casi son inaprensibles, se escapan de los vericuetos de las palabras. Mejor ir a la esencia, pero ¿respetamos la esencia de origen o invocamos en nuestro comportamiento para con el arte solamente los conocimientos cultos del pasado? La interrogación que acabamos de hacernos ya se la planteó en su momento Heidegger. A nosotros nos ha surgido contemplando un paisaje de Gutiérrez Montiel, porque existe en él algo original, distinto a los manidos saberes que acarrea el ayer.

«Cuando pinto un paisaje —nos explica— casi siempre, o al menos desde mis más recientes postulados, no pinto el paisaje en sí, sólo lo hago para enmarcar al ser humano, ya que pienso que el paisaje condiciona al hombre y debe ser empleado, reflejado, simbólicamente.»

La razón del pintor nos promueve inmediatamente otra pregunta, queremos saber las problemáticas que le plantean las figuras dentro del contexto total del cuadro.

«Hay que prestarle la atención que les pertenece dentro de la sinfonía que es el cuadro, pero no más. Es como en una orquesta, si te dedicas a escuchar el oboe prescindiendo del todo orquestal, estás fue-

ra de la situación de valores. Pero también puede concebirse una sinfonía en la que todos los instrumentos estén matizados y al servicio de uno. En un cuadro se puede realizar la idea de resaltar con el todo el asunto central, la figura estelar, su plástico-narrativa.»

Hablar así, intentando teorizar sobre lo que nos parece inaprensible, nos lleva a la idea de que en definitiva es un esfuerzo baldío, sobre todo cuando el pintor y el interlocutor saben que una simple impresión vale por todas las palabras. Pero estamos en ello y entre consideración y consideración, se debe precisar cuanto sea posible. Por ejemplo sobre la denominación de *realismo mágico*, bajo la cual la pintura de Juan Gutiérrez Montiel acaba de ser seleccionada para ser expuesta en Moscú:

«Para mí no es otra cosa que realismo con misterio, cierto acento onírico o de ensoñación, que tiene un hálito casi parasicológico, una especie de materialización del misterio. Personalmente creo que este tipo de pintura viene de muy lejos, que no es una moda aunque lo parezca. Es sencillamente un modo de entender y concebir la vida, la realidad misma pasada por el pecho de cada quien.»

¿Estamos de nuevo en el principio?

Sí, todo es un volver a empezar. Es ley de vida. Juan Gutiérrez Montiel lo sabe, por eso ha triunfado, está ya en los libros, en los museos. El Gran Premio Humanitaire que le ha sido concedido en Francia, viene a confirmar de una manera explícita e internacional la categoría, la calidad de un artista cuya trayectoria personal ha sido seguida con gran interés por críticos y entendidos.

Juan Gutiérrez Montiel es un artista, repetimos, cuya personalidad radica principalmente en su inquietud social. Y es así porque aún en el más lírico de sus cuadros hallaremos reflejado el hálito vital de nuestra época, el hombre envuelto incluso por sí mismo.

Ya nos dijo Romano Guardini que toda obra de arte auténtica, hasta la más pequeña, lleva adherido el mundo. La verdadera obra artística, para serlo en su totalidad, precisa un ámbito conformado. En la pintura de Juan Gutiérrez Montiel existe lo que entendemos por cotidianidad, por vida diaria, pero eso sí, más viva todavía que la vida misma, porque el pintor no oculta nada cuando la plasma y a la vez la idealiza, la redescubre con sus veladuras, con sus colores extraídos del tiempo, como si explan-dieran de viejos códices asumidos por su sensibilidad, como si emergieran de baldías y viejas tierras ibéricas.

Queremos saber. ¿Los colores son para ti simplemente materiales o te valen de algo más?

«El color cumple dos funciones. La simplemente matérica, que sirve para empastar, velar..., en resumen, que es materia prima y soporte sobre el cual y con el cual se representan las vivencias. La otra, el carácter simbólico que tienen los colores intrínsecos, pues por sí solos pueden representar la primavera, el frío, el otoño, el calor... Es decir, desde la explosión candente y apasionada, hasta la sensación más trágica, pasando por gamas intermedias. El color tiene un lenguaje que puede expresar sin más ingredientes desde la representación de una estación del año a un estado anímico.»

Ya hemos dicho que entrar en el mundo y en la magia de un pintor y contemplarlo y comprenderlo en su totalidad no es fácil, tal como han reconocido los mejores teóricos. El mundo del artista jerezano tiene sus raíces y tiene sus misterios.

¿Las raíces pueden venirle de aromas respirados en su infancia y los misterios de su condición de hombre en lucha consigo mismo?

Lo que sí es seguro es que Juan Gutiérrez Montiel sabe ser y estar en su tiempo. Por ello su obra avanza, cada día más, hacia una respuesta definitiva desde la pregunta íntima y originaria, y toma conjuntamente con la presencia del quehacer artístico conciencia cavilada y transida de un deber inequívoco, el de que su arte produzca algo más que objetos en su contemplación. Intenta y consigue un espacio en el que el hombre pueda entrar, respirar, moverse con el alma, identificarse si es posible.

Para conseguirlo, el pintor de Jerez parece haber hecho suya la conocida afirmación filosófica que dice: el arte es el devenir y el acaecer de la verdad. Y si es verdad que el que mira una obra de arte conversa de alguna manera con el artista, por medio del lenguaje anímico, según Kandinsky, nuestro deber es reconocer que la pintura de Gutiérrez Montiel crea ese claro y recíproco entendimiento. Es una pintura con voz, contiene llamada y mensaje, propicia la comunicación, crea, en una palabra, un indiscutible efluvio sensitivo.

A su manera, Juan Gutiérrez Montiel, asimiló sus admiraciones:

«Velázquez, por su atmósfera y su serenidad; Goya, por su vitalidad, fuerza y genio hispánicos; Rem-

brandt, por su empaste y calidad de eterno pintor; El Greco, por su carácter místico e idealista; Van der Weyden, por su maravillosa y mágica perfección.»

Por otra parte, si como aseguraba el abulense Santayana, el tema del arte, insistimos, es la vida, la vida y su sublimación, la vida que decíamos contienen los lienzos de Juan Gutiérrez Montiel, es una vida que aspira a mejorar la vida, aun cuando el tema esté bien lejos de lo confortable y de lo plácido, porque la problemática del hombre, expuesta al hombre con gravedad lúcida, sirve de denuncia, espejea el remedio, lo suplica, o mejor, se lo exige a toda sensibilidad. Porque mirar, ya lo pensó Pieper, es la forma perfecta de conocer.

Tal vez por ello haya acaparado Juan Gutiérrez Montiel la atención de los poetas, porque en sus cuadros está la poesía, la melancolía bucólica del bardo, el neorromanticismo nuestro, aquel de Bécquer, la estampa trascendida que puede darnos todo buen poema, una especie de memorial lírico que enamora. «El pintor de los poetas.» Así ha sido adjetivado. Y lo es. Lo es por ser un poeta de la pintura y un asiduo lector de buena poesía. En su casa tiene los versos autógrafos que le han dedicado, los libros de los poetas amigos, de los poetas hermanos, en ellos se refugia, con ellos piensa, sueña y crea.

Hemos leído que «historia es el retirarse de un pueblo a su misión como inserción en lo dado con él». Difícilmente podríamos retirarnos de Juan Gutiérrez Montiel para escribir su historia, porque su historia es cada cuadro suyo. Debemos, pues, seguir a su lado para hacerlo, porque es un artista en curso, agrandándose todavía, serenándose por momentos, culminándose hoy y también mañana.

Mas la historia pictórica de Juan Gutiérrez Montiel podría resumirse en una palabra: énfasis. Queremos explicar con ella que su ímpetu vocacional le ha prestado un aliento continuo, una capacidad creadora y de ejecución, afrontando todos los caminos a recorrer con temple y cuajo para realizar empeños, traspasar técnicas, influencias, modas, gracias a una temprana personalidad.

Su temática es varia, pero tal indicábamos predominantemente social, no exenta del matiz entrañable de la ternura, del detalle amoroso. Sus hombres al sol, sus criaturas sobre el señalizado asfalto, sus paisajes cortijeros atravesados de veredas hacia el infinito, las ascuas de sus cielos, sus andaluces doliéndose en la copla tal hierros en fraguas, sus flores aturdidas, sus madejas como mundos detenidos, sus niños vaporosos y emergidos de la niebla, sus soldados entre la tragedia de los cardos y de la sangre, sus escapadas muchachas al balcón, la liga de ceniza y de espumas que vuela en sus palomas, las medias ventanas por donde transita un aire sostenido..., le nacen de muy adentro, le crecen y se le plasman sentidos, cantan, claman en su silencio, abren el espacio necesario para convivirlos en su entorno poético.

Juan Gutiérrez Montiel es, pues, un pintor plenamente configurado en lo que llamaríamos conciencia emocionada, un singular artista que partiendo de esta espiritual cualidad, lleva realizada una obra importante, una obra en punto y en curso, un pintor que seguirá proporcionando nuevos prismas desde su ya consolidada personalidad, sencillamente porque en su arte lo que fue, lo que es, creado nuevo, como inicialmente apuntábamos, queda nuevo para siempre.

## EL PINTOR DE LOS POETAS

A Juan Gutiérrez Montiel le denominó «el pintor de los poetas» la revista *Arte y Hogar*, dedicándole un especial espacio a su obra e insertando una serie de poemas firmados por destacados poetas del actual panorama lírico.

Es verdaderamente sorprendente cómo entusiasma a los poetas la pintura de Juan Gutiérrez Montiel, con cuya sensibilidad y temática se sienten sumamente identificados; por ello exaltan sus valores con auténtico deseo de reflejar cuanto esta pintura les enardece e inspira. De ahí que consideremos de capital importancia recoger una muestra de los versos que cantan y explican, mejor que con toda la prosa que en ello se empeñe, la pintura de Juan Gutiérrez Montiel, verdadera motivación poética.

## DECIMILLA PARA TU PINTURA

Te llamas Juan y corre por tu río  
un agua bautismal y transparente,  
un modo de pintar tan inocente  
que tu paleta es flor para el rocío.

Se te escapa el color y es como un pío  
de pájaro enjaulado en tu pintura  
que del pincel saltara a la ternura  
de tu armonioso lienzo delicado  
donde tu fino pulso enamorado  
copia del sueño su gozosa hechura.

JOSE MANUEL GARCIA-GOMEZ

## GUTIERREZ MONTIEL, EN EL ESTUDIO, VE FLORECER SOBRE SU MANO LA INOCENCIA DE UN LIRIO

Se mueve una montaña, se alza un río  
cantando en el pincel. ¡Alto! ¿Quién llega,  
no conjurado, y salta y crece y ciega  
y odra piedras y apacienta estío?

¿Quién me hace forma el tacto del rocío?  
Pintura impar y non, ¿quién te navega?  
Un lirio es la cosecha de mi siega,  
casa es de amor para el escalofrío.

La mano más pintora de los juanes  
multiplicando peces, óleos, panes,  
haciendo tiritar la luz y el fuego.

¡Oh corazón del humo, aire, pintura,  
arte mayor y sabio que perdura,  
rama color de Sur, tallo de espliego!

ANGEL GARCIA LOPEZ

## A JUAN GUTIERREZ MONTIEL, PINTOR DEL AIRE

La voz es una baja mar  
de presentir silencios.  
Sobre el mar de tus ojos  
una nube se acerca  
parodiando la luz.

Esta niña del aro  
me persigue insistente,  
abre la puerta limpia  
para escuchar tristezas  
más allá de la ausencia.

Tenebrosa la niebla,  
hermana de la bruma,  
todo se va ocultando;  
sólo queda el amor  
acariciando el agua.

¿Por qué puede encerrarse  
el mundo en una noche?  
y tú lo sabes Juan  
bastaron unas horas  
para sentirnos hombres,  
para cambiar espinas  
por cardos de Castilla,  
y encerrar en colores  
la soledad del gesto  
borrando las ternuras.

¿Por qué yo canto ahora  
encerrado en caminos?  
comparto tu impaciencia  
abogo por el límite  
soy soldado del sur...

Y al cantar siento la pena  
que siente el río y el mar.

JOSE LEDESMA CRIADO

## GLORIA Y ESFUERZO DE GUTIERREZ MONTIEL

Gutiérrez Montiel sueña y, cuando pinta, canta.  
Gutiérrez Montiel usa, en vez de la paleta,  
los siete escalofríos que guarda una saeta  
que, en el alba del lienzo, hacia Dios se adelanta.

Gutiérrez Montiel sabe que hay en el mundo tanta  
lágrima cotidiana que no hay dicha completa  
si el pintor no se viste con alas de poeta  
y se inventa palomas que el corazón levanta.

Gutiérrez Montiel sabe que ha de llegar un día  
en que no se hallen penas por toda Andalucía  
y en que vendrán los ángeles a limpiar sus pinceles.

Y el corazón le avisa que no pierda detalle  
en tanto que los hombres caminan por la calle  
sin saber que asesinan muchachos y montieles.

LUIS LOPEZ ANGLADA

## JUAN GUTIERREZ MONTIEL VIENE, VE Y VENCE

La tenuidad, los destellos  
del sol del Sur, el donaire,  
el gesto triunfal del aire  
que despeina unos cabellos  
de muchacha, yo, tú, ellos,  
nosotros, vosotros, él,  
el alma misma, la piel,  
el helor, la calentura,  
todo eso está en la pintura  
de Juan Gutiérrez Montiel.

Y Andalucía. El gemido  
secular, la sed, la gracia  
de un quite, la aristocracia  
del gesto justo y medido.  
Punto y seguido. El latido  
de un pueblo fiel, la altivez,  
es decir, la sencillez...  
¿Sabéis ya de dónde vino?  
De donde el vino más fino:  
de Jerez.

CARLOS MURCIANO

#### EXCLAMACIONES REDOBLADAS ANTE LA PINTURA DE JUAN GUTIERREZ MONTIEL

Qué sabia savia pura y esparcida.  
Qué riosentimiento estremecido.  
Qué aroma de vientre como un nido.  
Qué compás de la magia con la vida.  
Qué alegre tristeza sorprendida.  
Qué entraña cimbreando su latido.  
Qué gozo de poema y de quejido.  
Qué niña la enmoñada y conmovida.  
Qué repajiza flor cristiana y mora.  
Qué paloma en la jaula del donaire.  
Qué espacio perdido cuan hallado.  
Qué levadura o bruma ensoñadora.  
Qué sol tan enlunado y entre el aire.  
Qué jondura de cante bien hablado.

MANUEL RIOS RUIZ



## EL PINTOR ANTE LA CRITICA

J. R. ALFARO:

Con Gutiérrez Montiel nos hallamos en presencia de una demostración sutil, una afirmación categórica y un arte posiblemente complejo, porque desdeña toda fórmula sistemática. Gutiérrez Montiel se somete siempre de una manera voluntaria al tema. Sus pinturas varían según el asunto elegido y constituyen, a veces, un arabesco, como unos volúmenes densos o unas formas radiantes. Son, ante todo, la transcripción de un pensamiento.

Por otra parte, para demostrarnos que la pintura es un vocabulario y no un fin en sí, Gutiérrez Montiel nos muestra para cada asunto una serie de realizaciones. Esta manifestación es extraordinariamente instructiva sobre la manera que tiene el artista de concebir una obra en distintos momentos.

Posiblemente, por el carácter a menudo simbólico de sus telas, podría situársele entre los expresionistas,

pero se trata de una etiqueta muy vaga, que se carga sobre las espaldas de demasiados artistas. Rápidamente uno se apercibe que el artista se ha adueñado en él de todo lo que pudiera haber de estremitoso para consagrarse a meditaciones más silenciosas. No recuerdo quién decía que el expresionismo moderno no se concibe sin un gusto mórbido por la deformación. Formalmente, en la pintura de Gutiérrez Montiel, como una oposición a esa deformación, se produce una afirmación de los seres y las cosas.

Una de las particularidades que nos ofrece esta obra que exhibe Gutiérrez Montiel en la galería Alfa es la de sugerir por un arte muy equilibrado una especie de energía interior.

Fiel a su paleta inicial, compuesta por unos colores ensordecidos, la pintura que posee, sin embargo, en su toque, una mayor vibración. Y como esta evolución se ha llevado a cabo al mismo tiempo que una búsqueda cada vez mayor en la simplicidad de las formas, lo que podía haber hecho que este estilo adoleciese de sequedad, fue rápidamente superado por la riqueza de las pastas que han creado una gran suntuosidad de color y una densidad plástica que no excluyen el rigor de la forma ni el de la ordenación general del cuadro.

#### CARLOS AREAN:

Habíamos visto anteriormente una exposición de dibujos de Gutiérrez Montiel. La fluidez de su línea nos hacía pensar en la posibilidad de un futuro expresionista violento, casi gestual. Los caminos del arte son imprevisibles, y en esta nueva muestra de

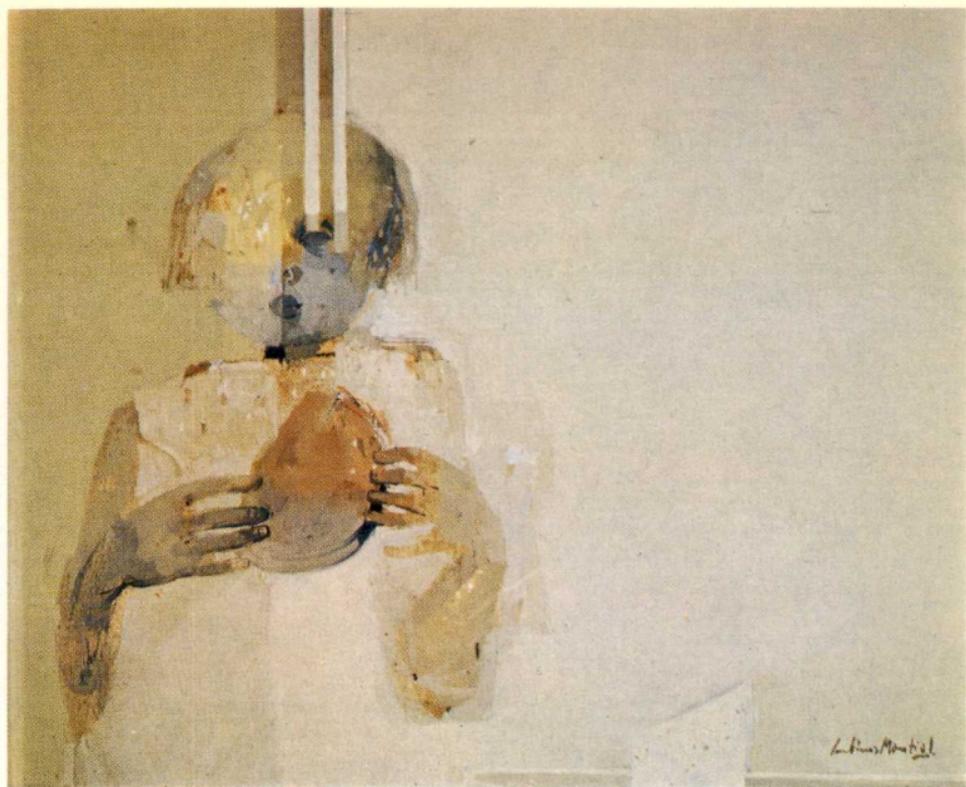
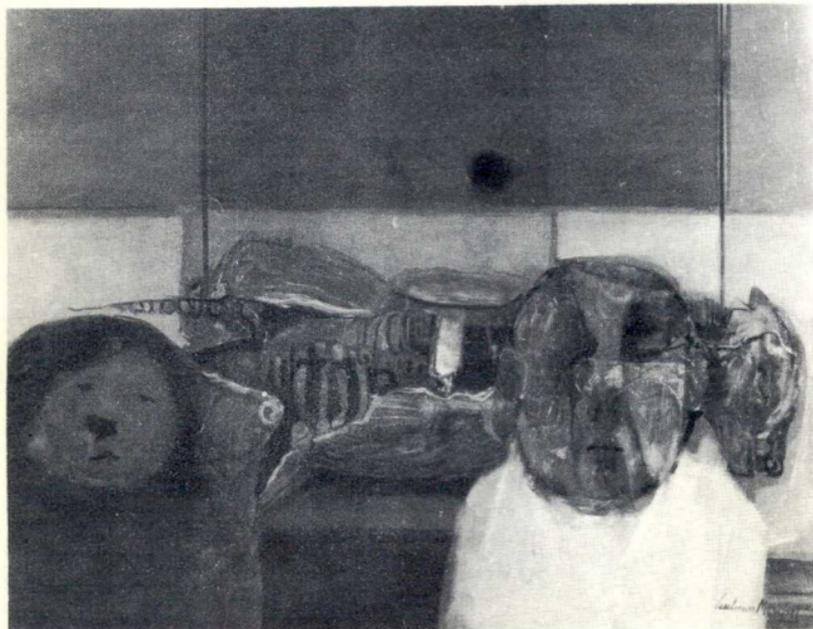


Figura y espacio. 1977. 73 × 60 cm.



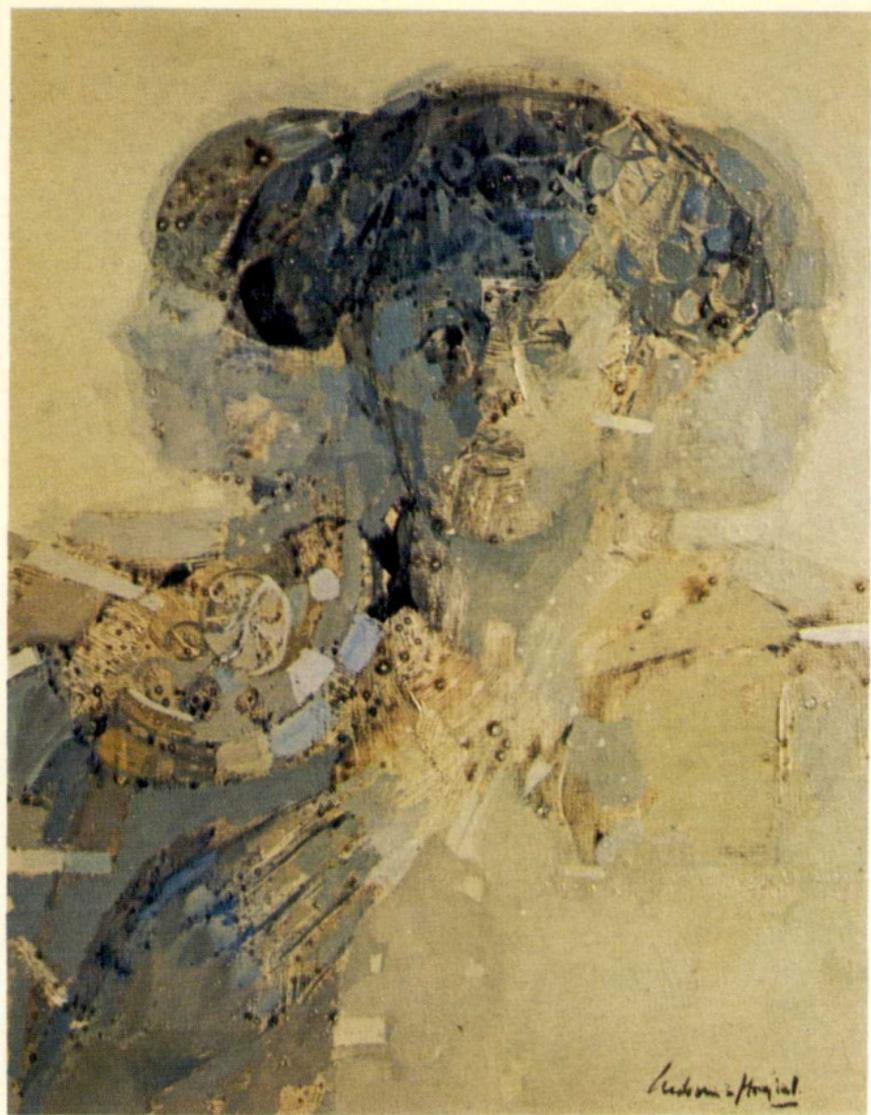
Angustia. 1972. 73 × 60 cm.

Carniceros (I). 1972. 100 × 81 cm.





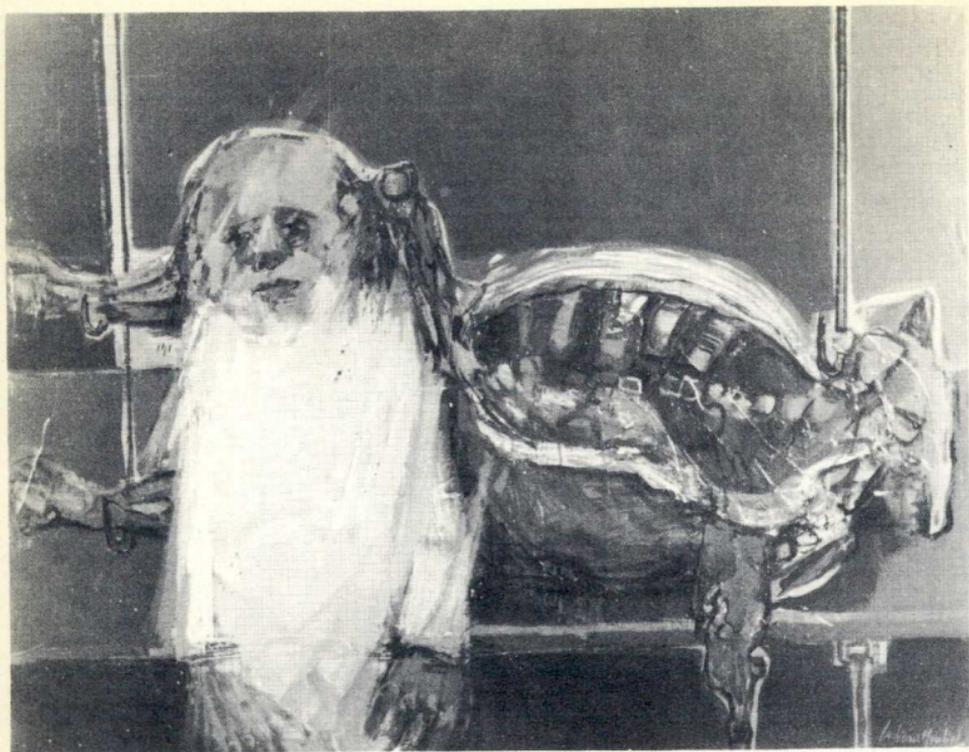
Un futuro sin tiempo para amar. 1972. 73 × 60 cm.



Toreros. 1977. 73 × 60 cm.



Confidencia. 1977. 73 × 60 cm.



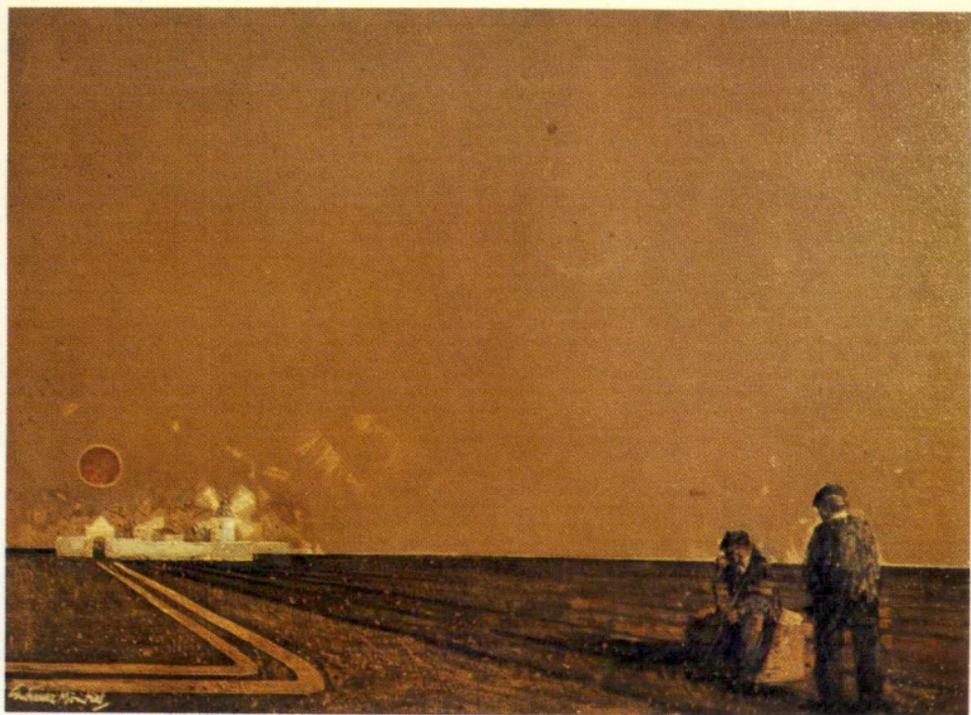
Carnicero. 1972. 100 × 81 cm.



El intelectual. 1973. 61 × 50 cm.

Deseando la paz. 1977. 100 × 81 cm.



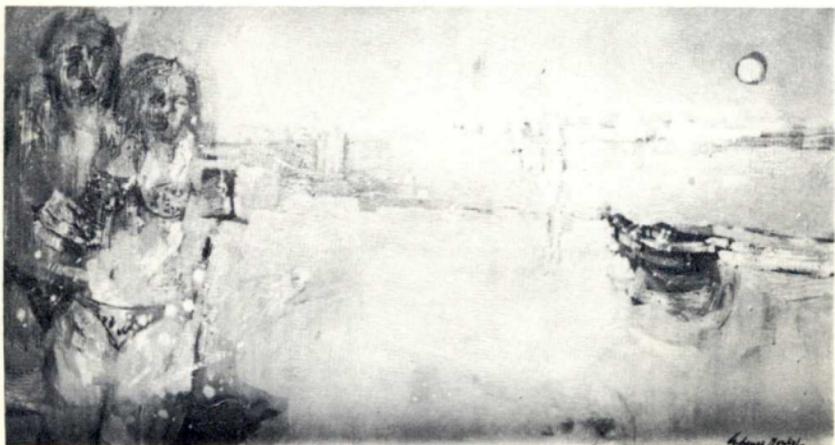


La Mancha tranquila. 1976. 100 × 81 cm.



Un hombre en la autopista. 1973. 150 x 150 cm.

Misterio en una playa del sur. 1976. 130 x 81 cm.





Nostalgia. 1974. 73 × 60 cm.

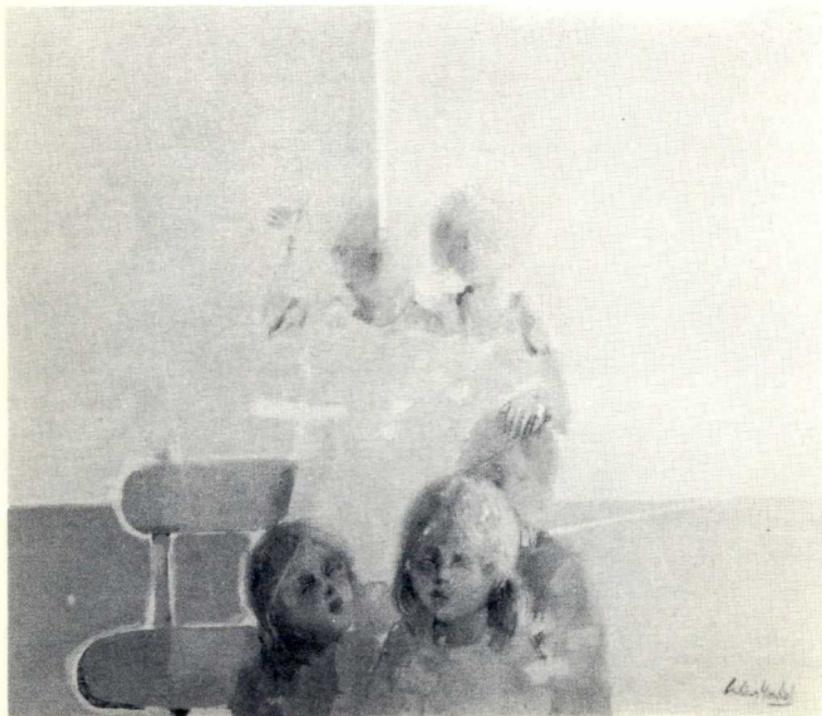
Amores con la tierra. 1977. 180 × 120 cm.





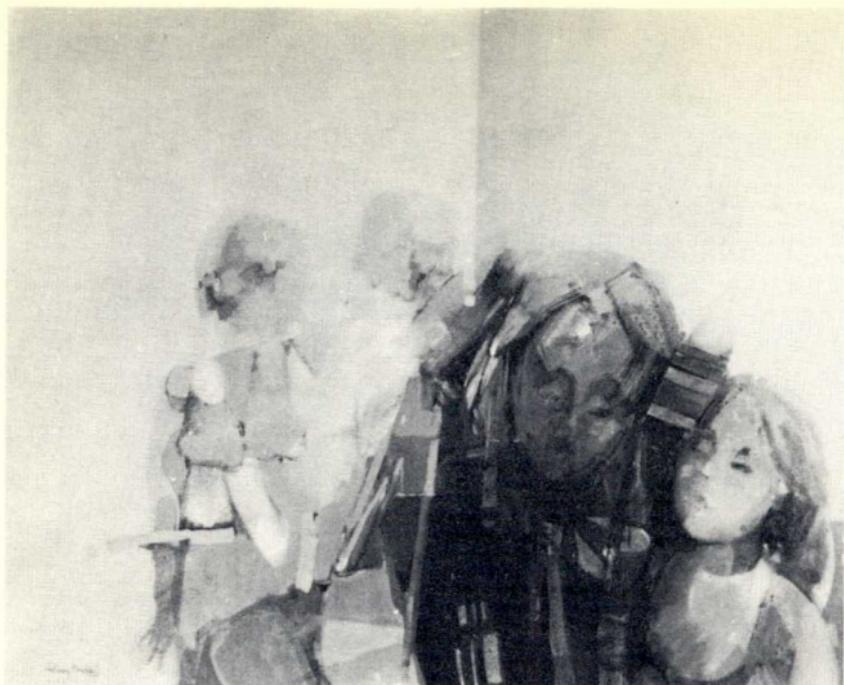
Dos figuras. 1977. 100 × 81 cm.

Niños. 1977. 100 × 81 cm.





Composición. 1975. 55 x 46 cm.



Figuras. 1977. 100 × 81 cm.

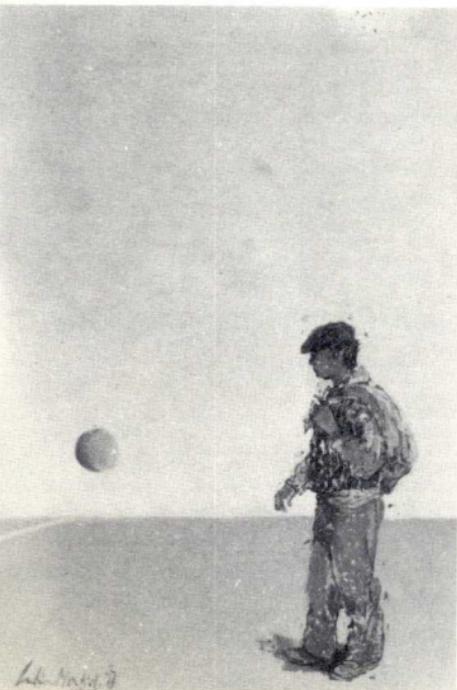
Dos figuras. 1977. 65 × 54 cm.



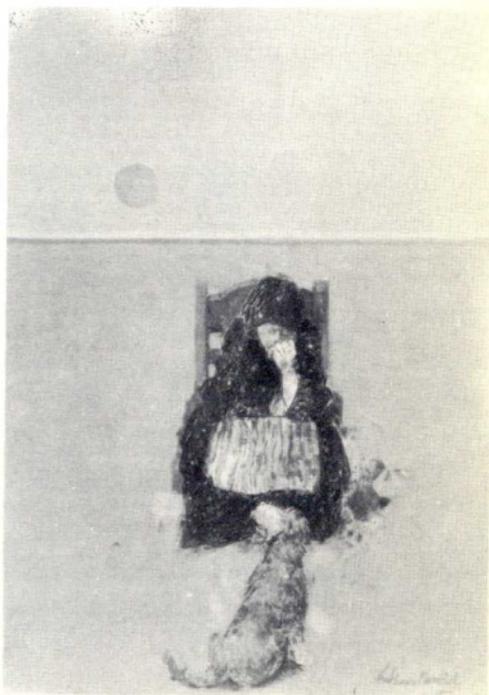


Juegos. 1977. 73 x 60 cm.

Campesino. 1977. 33 x 24 cm.



Aldeana. 1977. 33 x 24 cm.





Cabeza. 1974. 55 × 46 cm.

óleos predomina la mancha con abundantes degradaciones y superposiciones, aunque ello no evite que en las zonas en que mantiene su trazo melodioso, se lleve éste la parte del león. Quiere ello decir que Gutiérrez Montiel sabe que un pintor tiene que actuar con los valores pictóricos fundamentales. Es decir, la calidad de la ejecución, la fluidez de la mancha y la selección cromática, pero que si además es un buen dibujante ello puede contribuir a la expresividad y al equilibrio compositivo, aunque no constituya en sí mismo un valor pictórico estricto, sino un valor dibujístico complementario de los pictóricos.

Me interesa especialmente en Gutiérrez Montiel la manera de ordenar el espacio plástico en algunas de sus obras. Sitúa sus figuras de cuerpo entero, o sus rostros en entronque arbitrario, no sobre un espacio convencional de todos los días, sino sobre un espacio de propia invención, dividido a la manera de un cuadro constructivista. No es preciso que las formas de esa abstracción geométrica subyacente sean visibles. Como las figuras no tapan por completo la base previa, lo poco que queda visible de ella impone su orden al conjunto de la escena, luminística y cromáticamente se impone la sombra sobre la luz. Es la gama neutra de la nueva tradición madrileña, con sus ocre, sus sienas y su predominio de las tierras sobre los pigmentos minerales. Este color en sordina que puede, cuando lo maneja un gran artista, ser verdaderamente angustioso, se adapta a la perfección a esta estructura contrapesada y al arabesco microrrealista que establece un contraste de ascendencia barroca con la pura fluidez (nada realista ésta, por cierto) de las manchas y de los chorreados. No se trata, por tanto, tan sólo de una

pintura relativamente diferente, sino de un ensayo de síntesis original. El riesgo es, claro está, mayor que cuando se siguen los caminos trillados, pero los resultados pueden ser también más deslumbrantes y tendrán siempre, por lo menos, la cualidad de ser propios y no una sabia reconstrucción.

.....

Queda la soledad prendida sobre el lienzo, en delicada trama que tamizan sueños y desvelos. El sentimiento inunda de presagios la atmósfera, y las figuras se pierden en espacios surreales donde el sol ausente hace llegar un toque tibio de ternura. Gutiérrez Montiel, pintor cuya categoría artística no precisa de adjetivos, expone simultáneamente en dos galerías madrileñas, la Galería Adrada y la Galería Balboa 13, en esta última técnicas mixtas en pequeños formatos.

En su pintura creemos hallar la respuesta a esa necesidad de liberar las emociones que bullen en el interior del artista. La configuración externa de objetos y figuras —niños, hombres y mujeres de su mundo figurativo—, nos las ofrece idealizadas, pero los aspectos inmediatos de la realidad los traspone líricamente por medio de anotaciones que no vacila en llevar hasta la abstracción. Reduce las formas a indicaciones veladas o a concreciones que aparecen subordinadas a un colorido unido y de matices muy variados. Todo aparece en su obra, aunque asentado, leve, ágil y casi ingrávito.

Preside su quehacer un voluntario rigor por frenar los desbordamientos líricos, por diluir la vida en canto melancólico y sereno. Ninguna transposición

atrevida, ninguna deformación señalada. Siempre la luz difuminada y la perspectiva aligerada están presentes en sus paisajes humanos que se sitúan entre la realidad y el sueño. Pone fondo a su mundo formal un juego de espejismos coloreados que tienen en sí mismos su razón de ser, el modo de ciertas variaciones musicales que giran en torno al tema central.

Gutiérrez Montiel tiende a una liberación total, lo que le permite alcanzar un arte tan independiente de la realidad como puede ser el de los pintores más abstractos. De su pintura se desprende una extraña magia, pero aporta a su vez la certidumbre de que ha llegado a un punto clave en el que dominando los medios de su expresividad esencial, descubre una pureza más allá de la cual no podría avanzar sin disolverse.

... ..

Los poetas llegan a veces al alma de los artistas mucho mejor que todos los críticos del mundo juntos. No sólo llegan hasta su alma, sino que saben intuir mejor que nadie esa relación que existe siempre entre el ser humano y su obra. Así en su hermosa presentación en verso para la última exposición de Gutiérrez Montiel, un gran poeta, Luis López Anglada, doblado aquí de crítico de arte, nos dice clarívidentemente:

«Gutiérrez Montiel sabe que hay en el mundo  
[tanta  
lágrima cotidiana que no hay dicha completa  
si el pintor no se viste con alas de poeta  
y se inventa palomas que el corazón levanta.»

Todo lo que López Anglada vio en los cuadros de Gutiérrez Montiel, existe en realidad, pero el pintor se limita a insinuarlo y es por eso mismo por lo que el poeta no nos da una descripción en exceso detallada. Hay en el nuevo mundo de Gutiérrez Montiel, muñecas abandonadas que parecen seres humanos o niños perdidos en el interior de unos hogares mesocráticos en los que el tedio parece ser hermano gemelo de la desesperanza. Incluso la utilización del espacio, con rupturas contrastantes y amplias zonas vacías, tiende a intensificar el clima de soledad y de relativa tragedia. Otras veces hay un principio de acusación contra algo, pero incluso en estos casos al caricaturizar al pobre recluta que sueña o que llora bajo un cuadro con tres niños famélicos, la sátira social se viste de ternura y se convierte en ejercicio actuante de la caridad. Desde el punto de vista estrictamente pictórico Gutiérrez Montiel está renunciando a su delicada caligrafía y comienza a sustituir la línea por la mancha. Pinta al arrastre, método que sigue siendo todavía por fortuna en parte dibujístico, pero no hay una neta línea delimitatoria, sino que todo fluye, ondula y parece estar todavía terminado de realizarse en el tiempo.

#### MANUEL CONDE:

En la Sala de Arte «Bernesga», descubrimos el milagro. Allí, colgadas de sus paredes, aparecen las más delicadas, si que también acabadas, definitivas, muestras de un arte frente al mundo, o, para ser más exactos, de un arte, que partiendo de un mundo, el que nos rodea, consigue envolverle en un halo de ternura, o mejor de lírica ensoñación. No para huir de él, sino para entenderle mejor. La milagrería de Juan Gutiérrez Montiel, no está en su pintura estricta-

tamente, tan seria, tan sensible, tan preocupada, sino en las entretelas, entre la piel y el alma de la pintura.

La pintura de Gutiérrez Montiel es de las que, efectivamente, tienen alma. Porque hay pinturas desalmadas, es decir con materia, pero sin alma. Esta pintura, por el contrario, a poco que mantengamos contacto con ella, nos comunica, muy sutilmente, muy afinadamente, muy levísimamente el aleteo de un alma. Parece una pintura hecha a vuelo de paloma, es decir, a vuelo de alma.

Aunque no cabe entregarse por completo a este sentimiento de impregnación íntima, porque la pintura de Gutiérrez Montiel, posee corteza, es decir materia sensible, que se ve, que se toca, que se sabe cómo le ha brotado el lienzo, que acepta y confiesa una manipulación muy lenta, muy sabia, muy tenaz: Aquí está, como esquema, primero el dibujo, luego, cubriéndole, el color, un color, nunca todo el color, para después insistir mediante el empleo de materias, manipuladas.

Poner la mano, sobre la piel de la pintura de Gutiérrez Montiel es una experiencia física que produce un estremecimiento. Juntamente a la tersura de algunas de estas sugerencias infantiles, se produce la gravidez de la composición grande, o de este canto desgarrador y desgarrado (Pepe el de la Matrona), o de esta escena de torería, en la que el pintor huye del tópico, precisamente utilizándole como instrumento de composición, pero en cuyo tratamiento hay una sucesiva serie de sugerencias.

La desgarrada sombra que proyecta una pena, en ese muro blanco, resplandeciente en la hora cenital; el horizonte sin término o sin salida, límite de nin-

gún lugar que pueda ser habitado, se convierte en silencio duro, denso, propicio al gesto que conjura al cante.

Pero no, todavía no. Hay que dejar que crucen las palomas que hace un instante estaban, y que van a volver a su alto sitio.

Contrastes incesantes, aristados, radicales, los del alma andaluza.

La vertical escueta del pensamiento lírico, esencial, esquemático, y la línea de tierra horizontal, curvada, flexible, suave, sensual, barroca, de aquí, de allí, de ahora.

Todo se corresponde entre el hombre y su tierra. Mientras los acongojantes robots que ya aparecen como posibles «ordenadores-destructores» de la vida del Hombre, en un futuro que casi estamos tocando con nuestro miedo irreversible, aun, todavía se puede sentir, vivir, comprender, la diferente música, el temple y el «tempo» distinto, que cada país, cada región, cada ser humano tenemos, tienen.

Juan Gutiérrez Montiel, pintor, es andaluz de Jerez de la Frontera, no andaluz de Córdoba, sí sevillano, ni hombre de la España «seca y pedregosa» de que hablaba Neruda.

La pintura de Juan Gutiérrez Montiel, que se nos aparece, de súbito, con su crudeza y su ternura simultáneas, su evasión y su denuncia crítica, es, singularmente, una pintura originada en un concepto patético, existencial, de la vida, de su propia vida personal, y de la vida general del ser humano.

Juan Gutiérrez Montiel, que sabe del valor de los matices, en la obra de Arte, y que los utiliza con

particular son y compás, igual que sus imágenes vividas o soñadas, está llegando ya a una cota muy alta de calidades plásticas, de hondura expresiva, de entrañable y cordial sentimiento humano, humanístico.

La obra de Juan Gutiérrez Montiel, expuesta recientemente en la Galería Foro, revela un concepto riguroso, en el sentido de la fidelidad a los estrictos valores pictóricos; rigor que en algunos cuadros llega a síntesis de color y esquema constructivo que casi rozan la abstracción aparente, aunque siempre quede una huella temblorosa de realidad vivida, inmediata. Lenguaje plástico de signo expresionista, aunque no sea justo definir a Gutiérrez Montiel como sólo expresionista, a pesar del patetismo crujiente y doloroso de sus figuraciones, del motivo en que estructura la obra, ya sean figuras humanas, paisajes o cosas.

Porque la pintura de Juan Gutiérrez Montiel, patética, como digo y es fácil comprobable, aun en los cuadros de aspecto —que no intención— menos descarnado, donde una cometa es el mundo de un niño, o una flor amarilla entreabre un paraíso, es, esencialmente, y además, una pintura lírica. La expresión desnuda, sincera aunque de una difícil sencillez atormentada, de un hombre que, como el «cantor» alucinado del instante sin tiempo, en su espacio ideal o irrepetible, busca en todo belleza, amor, gestos de paz y de armonía, entre los dos polos extremos de la existencia humana: la angustia inenarrable y el júbilo fugaz, que nos impulsa a proseguir la lucha contra el tiempo.

Juan Gutiérrez Montiel, con su lúcido sueño poético, su verdad y su patética concepción del mundo

y de las cosas que lo pueblan, está creando una pintura personal, sin adscripción a una determinada «manera» o «programa», que acaso pueda llegar a ser, un día, el verdadero «realismo mágico» del gran Arte de siempre.

## VICTORIANO CREMER:

Pese al carácter lírico de esta pintura, pese a su alada caligrafía, incluso por debajo del misterio, que busca con la mirada avara el pintor, por debajo de las veladuras de sus propias intuiciones o de sus dudas, hay en la obra de Gutiérrez Montiel una profundísima, una conmovedora tristeza, como en un poema de Bécquer, o como en una página de Juan Ramón...

En los ojos de estos rostros infantiles, tan puros, tan angélicos, bajo su piel traslúcida, o en los perfiles endurecidos, de estas reuniones de familia, de estos retratos, de estas escenografías, aparece depositada, como en un lago, una cierta forma de broza marina, de lentos, de azules pozos dolorosos. (Este torero, que se apoya no se sabe si en una barrera o en un cielo de peinetas, es la pura imagen de aquel «Torero Caracho», de Gómez de la Serna.)

Cuando Gutiérrez Montiel aplica el color, los colores (porque su color es el eminencia gris tamizado), el simple toque, la fulgente ánima del color no usual, no común en la paleta, convierte la anécdota en categoría, tal como exigía D'Ors. Hay una delicadez, al mismo tiempo que una oportunidad estética en la aplicación del color, y hay una sutilísima y penetrante poesía en las figuraciones, en la des-

vanecida pero aprehensible línea del dibujo. Gutiérrez Montiel, es un pintor que conmueve sin efectismos, que convence sin trucos. Pinta como los ángeles para los hombres.

#### FELIX FERRER GIMENO:

Enamorado de su tierra, de esta tierra con duende y sortilegio, prendida en las culturas y el fuego de una raza, le exalta en la fuga y el despertar en el arte.

La pintura de Juan Gutiérrez Montiel, es pintura de intimidad, remansada, idealizadora en esta convulsión intimista.

Gutiérrez Montiel puebla todo un mundo cargado de poesía, atado a la vida, a la exigencia de existir en un nocturno del ensueño. Parte del hombre para crear su paisaje interno, su referencia íntima, velada en el fundido de estos rostros y desnudos que nos dan, no la imagen amarga, traumatizada del hombre, sino el hálito del suceso de ser, de ese ser que se libera en la esperanza y que busca la fuerza de la luz en la confraternidad humana.

Pintura de síntesis, hecha en la vigilia y claridad del alma. Gutiérrez Montiel crea una atmósfera dentro de ese naturalismo vivo y subjetivo, cargado de una tremenda soledad que fortalece esa parcela espiritual del hombre. Es en esta raíz simple donde encuentra el refinamiento y en esas coloraciones —pardos, ocre— sutiles y en las formas transplantadas de una realidad presentida, que encierra una estética personal.

Parece refugiarse en el recuerdo, en la nostalgia de ese recuerdo que no se deja vencer, porque es vuelo en el camino de la vida.

#### FRANCESC GALI:

Nacido en Jerez de la Frontera, Juan Gutiérrez Montiel —artista del que se presenta una buena colección de su obra en la Sala Ausias March, del Corte Inglés— estudió en la Escuela Superior de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría, Sevilla, y San Fernando, de Madrid.

La formación, naturalmente académica, recibida en ellas, le ha servido de mucho, al abordar la libertad de la creación.

Es así que en sus pinturas —que demuestran una personalidad muy sensibilizada— Juan Gutiérrez Montiel sale en busca de unos temas que, lejos de venir de la nada —que podría ser, por ejemplo, la soledad de sus telas— nacen de una realidad que se explica desde un inteligente balbuceo que le permite dibujar —casi detallar— la ensoñación sin caer, jamás, en una socorrida objetividad repetidora.

Poesía y color —en un mismo vuelo empareja y empajara— anudan y desatan la libertad de unos temas que si apenas apuntados resultan ya profundamente dramáticos y explicados.

No es necesario —para que esto suceda— que el artista se entretenga en la explicación del tema. Le basta iluminar, en cada uno de sus cuadros, algún detalle, para que éstos queden cumplidamente explicados desde la sensibilidad.

En la presentación que ha escrito Diego Bedía Casanueva he leído unas palabras que veo muy acordes con la obra de Gutiérrez Montiel. Son las que dicen: «Hay muchas maneras de ser verdadero y honesto: puede que la más recomendable, y la más difícil, sea abrir los ojos con ansiedad a todo, rechazar mucho, quedarnos con lo que buenamente hemos comprendido y trabajar hasta hacerlo propio.» Una bella consigna —repito— que veo reflejada en la obra del artista que hemos comentado.

#### AUGUSTO GARCIA VIÑOLAS:

La pintura de Gutiérrez Montiel tiene chispa. El pincel en sus manos es como una varita mágica que va encendiendo luces en lo que toca. Es admirable que este enjambre de pinceladas vivas con que el pintor enardece su tímida figuración no le robe intimidad a la sencillez de sus temas, que descansan siempre en la figura humana. Este intimismo se condensa más aún en esta exposición de pequeño formato, donde su pintura chispeante se hace tan sugestiva.

Atento siempre a los ocre y amarillos que envuelven a su figuración en una capa de oro viejo, Gutiérrez Montiel es ya un signo propio, inconfundible, en el panorama de nuestra mejor pintura contemporánea.

#### FERNANDO GUTIERREZ:

Toda esta pintura parece inspirarse en la creación del universo. Es como si de un núcleo de formas informes, donde hasta los colores —iniciales luces amarillas y ocre— no tuvieran aún «forma de co-

lor», y de él comenzaran a nacer las formas e iniciarse los colores como tales, y como si la materia, un poco químicamente pura, pero en descomposición, empezase a componerse. Así todo parece constituirse y concretarse, hasta dar vida, acción y esencia a personajes y cosas. O como si en un caos primigenio de palabras, éstas fueran ordenándose cuidadosamente hasta estructurar e integrar el poema, un poema puro, lineal en su sentido y armónico en su contexto. Vemos nacer en cada lienzo las formas, luces y colores, según un proceso lírico en el cual va creciendo la fuerza de sus misterios iniciales y de su limpia y también inicial poesía.

#### JOSE HIERRO:

En la Galería Bética expone Gutiérrez Montiel un conjunto de dibujos y pinturas. Pienso que es necesario, sobre todo, señalar la vastedad de este mundo, su variedad, dentro del carácter unitario. Si fuese necesario, para orientar, dar un nombre a esta pintura, habría que adscribirla a la veta del expresionismo. Matizando un poco más, a un expresionismo tierno y triste, no al agrio y cruel expresionismo germánico. Lo que le importa a Gutiérrez Montiel es asomarse a un panorama poblado de desvalidos seres y contárnoslos con ternura, compadeciéndolos. Y para que esta tentativa se lleve a cabo, no entra con las armas de la literatura, sino con las de la pintura más recia y sensible. Gutiérrez Montiel, que es un artista por su capacidad de inventar, es un pintor por la manera de expresar. Sus gamas son siempre contenidas, construidas sobre el aje del ocre. Pero cuánta variedad de matices y qué materia tan expresiva: expresividad que nace de una palpación de la mano, un toque sensible, sin nece-

sidad de utilizar procedimientos de lenta cocina. Un mundo, en suma, muy personal, contado por un artista que tiene el don de la plasticidad, de pintar como sin pensarlo, como en un impulso incontenible.

#### LUIS LOPEZ ANGLADA:

El maestro D'Ors, en su libro inmortal *Tres horas en el Museo del Prado*, nos indicaba la conveniencia de aprovechar las tardes del otoño madrileño para dirigirse despacio y en amable paseo como preludio a la visita de la Pinacoteca. Hubiéramos nosotros, seguidores incondicionales del maestro de críticos, hecho lo propio en esta tarde en que queremos visitar a un pintor. Es otoño. El sol alegra estas calles madrileñas aún provistas de árboles verdes. Una ligerísima brisa guadarrameña nos anuncia que el verano acabó con todos sus turistas. Vamos a ver cuadros de un artista joven. ¿Qué mejor beatitud podemos soñar?

A los que quieran visitar la casa y el estudio del joven jerezano Juan Gutiérrez Montiel, quisiéramos invitarles a la agradable caminata callejera. ¡Ay! Los tiempos han cambiado desde que don Eugenio se dirigía, despacio y conversador, hacia el Prado. Madrid se ha alargado de una forma tremenda y el cronista vive muy lejos del pintor. Los automóviles contaminan el aire transparente de septiembre. No hay posibilidad de conversar con nadie, pues el ruido de la avenida del Generalísimo supera todo intento de parecer ingenioso. ¿Qué hacer?

Nosotros aconsejaríamos al visitante de Gutiérrez Montiel que no se fijase en estas menudencias. Ya estamos frente a la casa del pintor. Barrio del Pilar.

Verbeneo de gentes que preguntan, incansablemente, por el nombre de las calles. Calle de Betanzos. Calle de Sarriá. Calle de La Bañeza. Aquí está. Recordamos que muy cerca de esta casa vive un matrimonio de artistas. Ella es pintora y se llama Pepi Sánchez. El, novelista y firma García Viñó. Está bien que un artista no esté aislado. Sigamos adelante.

Juan Gutiérrez Montiel es un andaluz alto, fuerte. El visitante debe esperar oírle hablar para convenirse de que se trata, en verdad, de un andaluz. Cuando habla, a pesar de sus diez años castellanos, se le vuelca todo su espíritu meridional por los labios y toda su pasión de jerezano que no quiere dejar de serlo en la conversación. Que nadie piense que Gutiérrez Montiel puede ser otra cosa que pintor y que andaluz. Que nadie le tiente con sueldos pingües ni con ocupaciones foráneas. Juan Gutiérrez Montiel vive para sus cuadros y por sus cuadros. A Gutiérrez Montiel hay que hacerle callar algunas veces para poder ver mejor sus obras. El aprendió, allá en las cercanías de las marismas gaditanas, a hablarlo todo y explicarlo todo; la luz, las formas, las líneas. Y no quiere que os quedéis sin saber por qué hay que gritar ante los dramatismos de la vida actual, ni por qué una paloma asume toda la dirección de la vida. Le hacéis callar y veis que, por un milagro, una muchacha se redime de la lasciva de un poderoso y tres ciegos se unen para defenderse de la muerte en la calle o dos soldados, junto a un parapeto, sueñan con un campo de almendros y una tierra en paz.

Juan Gutiérrez Montiel quiere decirle muchas cosas al visitante. Una de ellas es que a él no le gustan los estudios confortables. Su casa es lugar de trabajo y la obra hay que hacerla con sencillez fran-

ciscana en el ambiente. En esto nos ha recordado el «taller» de Barjola, armado en pleno piso vecinal, entre el obstáculo de los tabiques y las puertas estrechas. Juan Gutiérrez Montiel no se da bien cuenta de nada de lo que queda fuera del rectángulo del lienzo. El vive allí dentro y allí sueña y solloza y se angustia. Aprendió en Velázquez a crear espacios vitales y en Valdés Leal a contemplar lo perecedero de la carne y en Goya a que el tiempo nos devora implacable. Sigue, en esto, una tradición ibérica, llena de sentidos trágicos y empastes monocromáticos conseguidos a fuerza de matizar colores y de entender realidades. Los críticos, cuando expuso en Madrid estos rostros apesados en el tiempo del dolor, hablaron en seguida de «expresionismo» y de angustia existencial sin entender que un andaluz tiene mucho de lo del imaginero religioso que, a través del gesto de dolor, nos invita a esperar en una salvación que nunca falta. Esto es lo que le diferencia del expresionista germano, más inclinado a cabar en campos inhumanos que en paraísos de perdón.

Es —y hacemos especial subrayado de esto ante el visitante— la misma técnica, dolorosa y bellísima de la saeta que parece, en el silencio de la noche, retorcer un grito de dolor y un angustioso quejido, cuando la verdad es que nos está llenando el alma y los oídos de una inigualable melodía. Gutiérrez Montiel canta su sentir doloroso en cada cuadro como el cantaor canta sus penas, que a los no iniciados les deja totalmente confundidos, pues no saben si se trata de algo triste o algo alegre. La solución, claro está, se esconde en el alma del artista y en la sensibilidad del visitante.

Gutiérrez Montiel, como acabado andaluz, piensa en una larga teoría de suertes y malas suertes. Otro

gran pintor paisano suyo, Vicente Vela, suele saludarle como a uno de esos a los que la fortuna ofrece el ceño adusto y se resiste a la entrega. La verdad es que Gutiérrez Montiel, a pesar de su dedicación total y su apasionada entrega a la pintura, aún está a la espera de la consagración definitiva y de la hora de los honores. Para él, afortunadamente, todo es futuro todavía, y como aún no está de vuelta de los homenajes ni de las envidias, el visitante puede sentarse tranquilo a beber una copa de vino jerezano con él mientras os va enseñando uno por uno los instantes en que se le ha ido el espíritu detrás del pincel. Y hay allí una consoladora carga de ilusiones que no puede romper el apuro cotidiano ni la obligación inmediata. A veces podéis encontraros en casa de Gutiérrez Montiel a ese incansable poeta y agudísimo conocedor de arte que es Manolo Conde, que sentado entre vosotros y bebiendo del amigable vaso os dirá que la pintura del artista es «de exquisita factura, de materia y color muy elaborados, rigurosos, contenidos, ya que la intención dramática está latente en las apuradas formas y en la sorda gama de color». Y mientras dictamina estas frases os daréis cuenta de que Juan se ha ido un poco lejos, soñando con otros cuadros que le urge pintar. Porque a Gutiérrez Montiel le urge la gloria, como a todos los artistas, y sueña con un triunfo de amigos entrañables que entienden lo suyo y de aficionados que, al llevarse sus cuadros, necesitan que se les diga cuánto corazón puso en esa niña desolada o en ese vaso que sostiene una flor apenas dibujada.

Aviso a todos los que lleguen a este piso de la calle de La Bañeza, que aquí vive un artista propicio a todas las aventuras que conduzcan al triunfo

siempre que en ellas haya necesidad de rigor expresivo, de dominio del color, de trabajo intenso y extenso, de inasequible posibilidad de abandono. Aviso que éste es uno de los que dan la razón a los que no se contentan con lo improvisado y lo cómodo. Aviso que cada cuadro de este pintor está sentido, pensado, soñado y puesto a punto cuando el milagro acude a la casa en que vive. Y hago estas advertencias porque aún hay quien desconfía de todo y confunde todo y no se entera de que a dos pasos de nuestras indiferencias quedan hombres como Gutiérrez Montiel que se preparan, que no desmayan, que no se cansan y que sueñan por los que no sueñan y esperan a pesar de que otros más fuertes abandonarían. Acaso esta sea la señal de los elegidos.

#### ANTONIO MARTINEZ CERESO:

En Gutiérrez Montiel tenemos un pintor serio, firme, con una materia rica en matices y sugerencias, dominador de la suerte del trazo licuado y del empaste, sobrio en la paleta, expresionista en su talante expresivo. Hoy que algunos desprecian la materia, esa que antes tanto se supervaloraba, Gutiérrez Montiel nos la devuelve vigorizada, con una jocosidad y unas armonías cromáticas en verdad inusuales. Bajo el colorido o las transparencias, o las yuxtaposiciones, son muchas las opciones que tiene el espectador para intuir y adivinar. No se le da todo digerido, es él mismo quien ha de ir al tema y gozar descubriendo esos vagos conceptos y sugerencias que encierra la obra no ultimada, la que cada uno acaba a su gusto, según su peculiar criterio y sensibilidad.

## ANGEL MARSA:

Juan Gutiérrez Montiel, o la sensibilidad. Ahora que la sensibilidad no es valor cotizante para algunos comentaristas apresurados, he aquí un pintor que reivindica la sensibilidad con todos los pronunciamientos favorables, y hace de su pintura un canto exaltado a la sensibilidad. Andaluz, de Jerez de la Frontera, Gutiérrez Montiel estudia en la Escuela Superior de Bellas Artes de Sevilla y en la de San Fernando de Madrid. A partir de 1960, celebra exposiciones en Estados Unidos, Madrid y otras ciudades españolas, República Argentina, Florencia, Roma, París, Londres, Amsterdam, Bruselas, Chile, Múnich, Düsseldorf, y obtiene importantes galardones. Últimamente, expone por primera vez en Barcelona, en Galería Ausias March.

Valga este resumen de un historial colmado para situar al artista en el contexto de su tiempo y de su circunstancia. En un dilatado peregrinar ha conocido todas las tendencias plásticas. Su trayectoria, sin embargo, ha sido inalterable. Desde las primeras experimentaciones plásticas tomó partido por la sensibilidad, y fiel a ella permanece su pintura, rigurosa, expresiva, rica en materia, suntuosa en las gamas tiernas, doradas, nacaradas, expresiva en la dicción, sensibilísima siempre. Podría decirse que Gutiérrez Montiel incorpora y revaloriza en su pintura todo aquello que ha sido obviado, cuando no exterminado, por tendencias más abruptas —deliberadamente abruptas—, por motivaciones extrapictóricas: la belleza, la delicadeza, el orden compositivo, la armonía cromática y —por encima de todo— la sensibilidad, ese primado de lo sensible sobre cualquier otra capacidad o acción del ser, su misma

esencia existencial en tanto hombre y en cuanto artista, dos caras distintas de la misma realidad unitaria y verdadera.

Ese sentido sinfónico, musical, de la pintura, es lo que han buscado afanosamente las tendencias abstractas o informales, el arte gestual y el «op-art»; todas las búsquedas y experimentaciones realizadas a partir del postimpresionismo; el sentimiento por encima de la razón, lo sensible por encima de lo intelectual, la intuición por encima del conocimiento; los términos cálidos y relativos por encima de los términos fríos y absolutos; no explicar ni afirmar, sino expresar y sugerir. La pintura de Juan Gutiérrez Montiel, más que una afirmación categórica es un ensueño, una sugerencia. La ecuación, aquí, no sería «pintura = naturaleza», sino «pintura = poesía».

Ya queda dicho que no se trata de términos absolutos, sino de términos relativos. La pintura puede ser evocación, y de hecho lo es en Juan Gutiérrez Montiel. Pero también puede ser afirmación, o negación, o enigma cifrado, o contestación, o todas estas cosas o varias de ellas a la vez. La pintura de Gutiérrez Montiel tiene el encanto de su propia autenticidad, una autenticidad extramuros de cualquier eventual identificación extrapictórica. Su intimismo excluye cualquier conato de evasión de sí misma, de enajenación. Es, pues, una pintura equilibrada, equidistante, entrañable. Y como están las cosas en ese punto culminante de la actual disgregación de valores plásticos y estéticos —nadie debe avergonzarse de emplear estos vocablos—, acaso convenga poner de nuevo en circulación las formas más radicales de la pintura-pintura, quien sabe si un regreso de emergencia a los orígenes mágicos y con-

juratorios de la pintura como invocación y como deseo de que «así sea» o de que «así suceda». También, en tal caso, el arte —la pintura— pasa a instituirse testimonio de su tiempo y a ejercer una adecuada función social. Subsana carencias y justifica actitudes. La contestación no ha de ser forzosamente negativa, ni el ensueño premonitorio forzosamente catastrófico. También la intimidad es un grado de ascesis y un ejercicio de autocontrol, tan necesarios una y otro en épocas en crisis. Cuando la realidad del entorno es hosca, identificarse con ella equivale a defenderla y justificarla, y el arte no es una defensa o una justificación, sino una sublimación y una terapéutica.

Pero tampoco sería lícito encasillarse en un límite definitorio. El arte es plural, y sus mil rostros hallan justificación en sí mismos. Hoy le ha tocado el turno al arte intimista, a la fórmula «pintura = poesía», porque este arte, que es el arte de Juan Gutiérrez Montiel, también se halla incurso en el avatar de la época y en su función condigna de testimonio. El pintar es como el querer, según definición fehaciente de la sabiduría popular. Y querer la paz —pintar la paz— en época de guerra constituye testimonio válido como invocación a una paz deseada —a una intimidad recobrada—, como deseo de que «así suceda».

#### JUAN JOSE MIGUEL:

Hace poco más de un año que en esta misma Galería «Mancha» se presentó ante nosotros el joven pintor jerezano Juan Gutiérrez Montiel con una serie de óleos y dibujos que nos produjeron una gratísima impresión. Impresión que procuramos dejar

reflejada en estas mismas páginas de aquellas fechas.

Hoy vuelve a nosotros este interesante pintor y cuelga su más reciente producción en la galería de arte «Mancha» que parece tiene la preconcebida intención de presentarnos a los artistas que en la reciente y última exposición de Valdepeñas obtuvieron los primeros galardones. Y así a María Antonia Sánchez Escalona, «Pámpana de Oro» le sigue y complementa ahora Juan Gutiérrez Montiel, «Pámpana de Plata» del citado certamen valdepeñero, quien, además de este premio ha conquistado recientemente la medalla de plata en el II Concurso Nacional de Pintura de Gerona, en la nacional de Bellas Artes premio de adquisición y el tercer Premio Ejército de Pintura 1973.

Distinciones y premios que encontramos justificados puesto que Gutiérrez Montiel, a juicio nuestro, ha dado un paso muy decisivo e importante en el camino de su andadura artística.

En primer lugar, este interesante pintor, ha sabido desprenderse de toda aquella hojarasca abstracta que enturbiaba su obra y la hacía confusa e ininteligible. Gutiérrez Montiel, sin renunciar a su técnica, plena de personalidad y de temperamento, realiza ahora una pintura más asequible, más sencilla y, a la vez, más sugerente. Continúa su técnica de fuertes empastes y de gran riqueza de materia que conjuga y alterna con manchas planas y mates que intercala con veladuras y transparencias logrando así conjuntos muy agradables de gran sensibilidad y belleza. Es cierto que en sus bodegones manifiesta innegables influencias del mejor Pancho Cossío, pero esto hay que considerarlo más que como un desmérito,

como una cualidad muy estimable, ya que las peculiaridades artísticas del pintor montañés se nos muestran elaboradas a través del temperamento y sensibilidad de Gutiérrez Montiel que al asimilar aquella técnica la reestructura y la convierte en una expresión muy personal.

El color en Gutiérrez Montiel es empleado con gran eficacia y siempre coadyuva a crear un ambiente, que unas veces es una atmósfera de intruismo y de luces tamizadas que ayudan a remarcar unas formas levemente insinuadas, y en otras destacan con la fuerza de su gran luminosidad, como en una de sus marinas.

Una gran colección de dibujos complementan la exhibición de óleos del artista. Dibujos de factura realista que en ocasiones son esquemáticos, de una grafía que solamente busca la esencia y el tuétano de las cosas, y que a veces se adornan con la exhuberancia del barroquismo. En todos ellos muestra Gutiérrez Montiel el dominio de la forma y una gran delicadeza en sus estilizaciones y eliminaciones.

Recordando la exposición anterior de este pintor y viendo ésta, es fácil deducir que Gutiérrez Montiel pisa fuerte y seguro por los caminos del arte e igualmente es sencillo comprender que los éxitos alcanzados durante el año transcurrido entre ambas muestran el gran momento por el que actualmente transcurren sus creaciones.

#### CAYETANO MOLINA:

Juan Gutiérrez Montiel ha obtenido este año el premio de pintura «Ciudad de Murcia» con su cuadro titulado «Soledad», obra de gran tamaño, cuyas

características pictóricas son plenamente representativas del estilo sutil de este pintor jerezano. Teniendo ello en cuenta, nuestro reciente comentario sobre la personalidad artística de Gutiérrez Montiel, con motivo de su exposición en Murcia, adquiere actualidad ahora, por tanto, en la referencia crítica de la obra galardonada.

Porque, como dijimos, hay cuadros que, por el aspecto de su realización, parecen haber sido pintados violentamente, afligiendo a los lienzos con bruscos, enérgicos y desconsiderados golpes de espátula o de pincel, y otros, por el contrario, de cuya ejecución pudiera deducirse una elaboración suave y sosegada, mediante pinceladas acariciadoras del lienzo, con el amoroso cuidado y hasta con la unción de quien actúa conscientemente sobre un objeto frágil y venerable. A estos últimos cuadros nos parece que corresponde la pintura de Gutiérrez Montiel, profesional de tan completa formación docente como inspiración individualizada. Y así resulta de su obra «Soledad», que ha sido premiada por el Ayuntamiento murciano. A la delicadez ejecutiva se une la importancia definidora de lo sinceramente personal, en una gestación que se manifiesta como espontánea, pero que ha sido firmemente cimentada mediante un ponderado proceso configurador. Composición de figuras desplazadas, equilibradamente dispuestas gracias a la armoniosa compensación de los amplios espacios uniformes, sugerentes de paisajes iluminados. Dibujo más insinuado que definido en las concretas referencias, para servir en lo preciso a la idea argumental y para reservar al calor, con extensas o minuciosas calidades, la misión verdaderamente importante del cuadro. Surge así la representación con un misterio ambiental, inquietante y apacible al

propio tiempo, conducida por la sensibilidad descriptiva de este artista para abreviar la absoluta rectitud formal, por síntesis estructurales, hacia aspectos indefinidos, de vaporosas realidades, como consecuencia de una labor cromática de exquisita pulcritud, que simplifica los trasuntos con sutiles veladuras.

## **DATOS BIOGRAFICOS Y CRONOLOGICOS**

Juan Gutiérrez Montiel nace en Jerez de la Frontera el 13 de agosto de 1934. Estudia en la Escuela Superior de Bellas Artes, de Santa Isabel de Hungría, Sevilla, y San Fernando, de Madrid, más un año de ampliación de pintura mural. 1965-68: Exclusiva con los EE. UU. de América.

### **EXPOSICIONES INDIVIDUALES**

**1961**

— Galería Velázquez, Sevilla.

**1963**

— Sala Abril, Madrid.

**1970**

— Galería Alfa, Madrid.

**1971**

— Sala Abril, Madrid.

**1972**

— Galería Bética, Madrid. «Mancha»,  
Galería de Arte, Ciudad Real.

## 1974

- Galería Foro. Madrid. Galería Piquío, Santander. Galería Rembrandt, Alicante.

## 1975

- Galería Ausias March, Barcelona. Galería Zero 2, Murcia. Galerie D'art-Orly-Sud-París. Sala de Arte «Bernesga», León. Galería Fúcares.

## 1976

- Dinan Bretaña Francesa. Galería «Ederti», Bilbao. Sala Piquío, Santander. Galería Tolmo, Toledo. Sala Rembrandt, Alicante.

## 1977

- Sala «Giannini», La Coruña. Balboa, 13, Madrid. Galería Adrada, Madrid. Museo de Arte Contemporáneo del Altoaragón, Huesca. Galería Berdusán, Zaragoza. Sala de Arte «Espí», Torrelavega.

## PREMIOS

### 1960

- Premio Sésamo, Madrid. Premio Reina de las Fiestas de la Vendimia, Jerez. Trofeo Excmo. Ayuntamiento de Puerto de Santa María (Cádiz).

### 1961

- Tercer Premio Ayuntamiento de Tetuán.

### 1962

- Segundo Premio Ayuntamiento de Tetuán. Segundo Premio Pintores de Africa, Madrid.

### 1963

— Primer Premio Ayuntamiento de Tetuán.

### 1968

— Segundo Premio Bienal de Almería.

### 1969

— Segundo Premio Excmo. Ayuntamiento de Chamberí (Círculo 2).

### 1970

— Segundo Premio Unión Española de Explosivos, Madrid.

### 1971

— Medalla de Oro y Primer Premio del Primer Salón de Otoño, de Sagunto (Valencia). Accésit Premio Ciudad de Murcia.

### 1972

— Diploma honorífico Arte/Sport 72, Bilbao, Medalla de Plata. Segundo Premio en el II Concurso Nacional de Pintura, Excma. Diputación de Gerona. Premio de Adquisición, Nacional de Bellas Artes.

### 1973

— Premio Fundación Rodríguez Acosta, Granada. Pámpana de Plata, Nacional de Valdepeñas. Mención honorífica Premio Ejército de Pintura. Medalla de Oro y Primer Premio en el III Concurso Nacional de Gerona.

### 1974

— Segundo Premio Primer Certamen Nacional de Pintura Flamenca, Murcia. Accésit Premio Alcántara,

Madrid. Premio Extraordinario José Antonio, en la Nacional de Valdepeñas.

**1975**

- Primer Premio «Ejército» de Pintura, Madrid. Premio Ciudad de Murcia.

**1976**

- Gran Premio Humanitario de Francia. Premio Nacional de Flamenco (Artes Plásticas). Tercer Premio Nacional de Pintura, Talavera de la Reina.

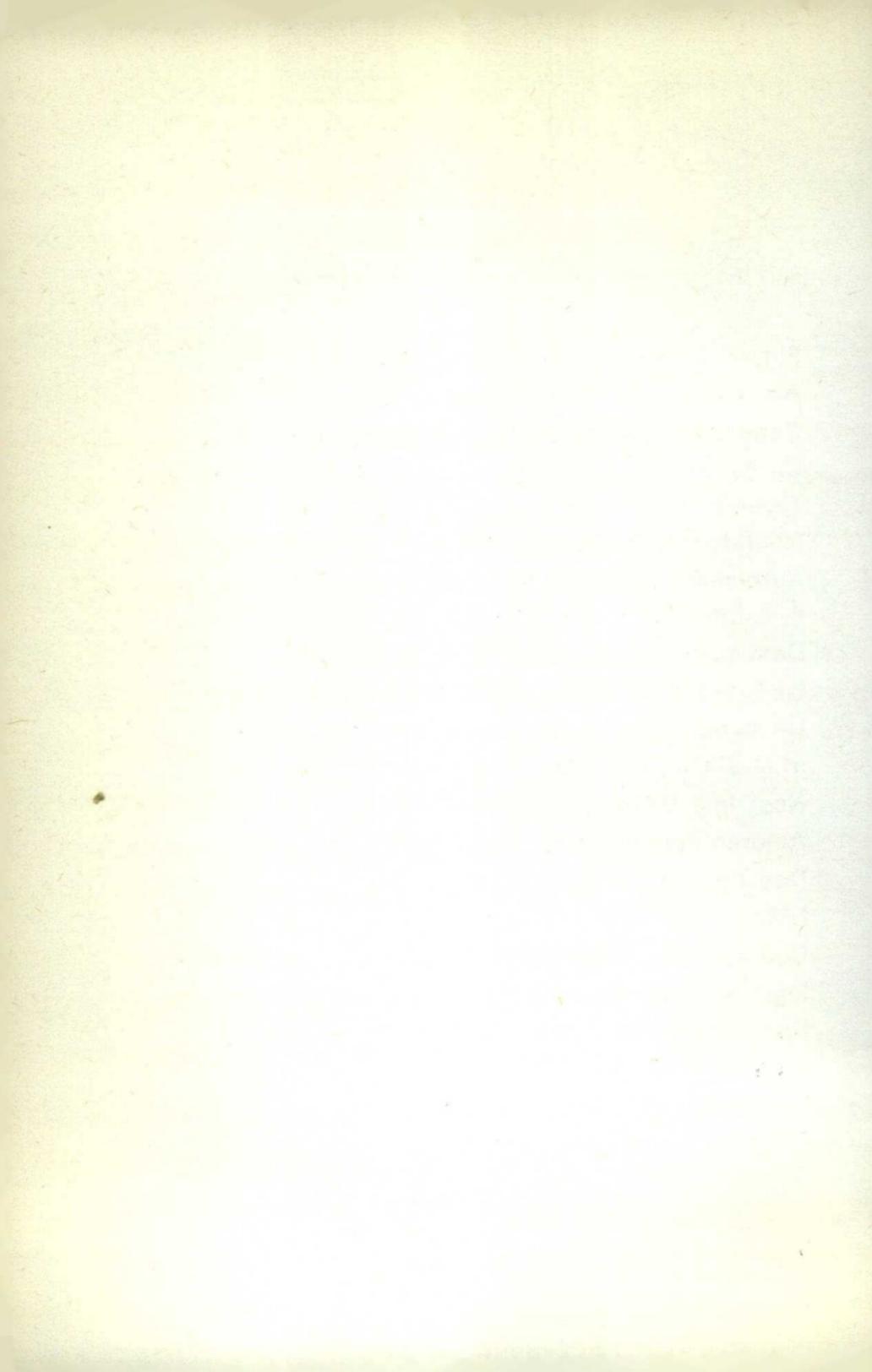
**1978**

- Premio Nacional de Pintura «Francisco Gil», Salamanca. Premio «Círculo 2», Madrid.

Figura en colecciones de Estados Unidos, Bélgica, Holanda, Inglaterra y España. Representado en el Museo de Arte Contemporáneo de Madrid. Fundación Ruiz Mateos, Fundación Rodríguez Acosta, Diputación de Gerona, Museo de Arte Contemporáneo del Altoaragón, Huesca, Ministerio del Ejército, etc.

## INDICE DE LAMINAS

- Figura y espacio. 1977. 73 × 60 cm.  
Angustia. 1972. 73 × 60 cm.  
Carniceros (I). 1972. 100 × 81 cm.  
Un futuro sin tiempo para amar. 1972. 73 × 60 cm.  
Toreros. 1977. 73 × 60 cm.  
Confidencia. 1977. 73 × 60 cm.  
Carnicero. 1972. 100 × 81 cm.  
El intelectual. 1973. 61 × 50 cm.  
Deseando la paz. 1977. 100 × 81 cm.  
La Mancha tranquila. 1976. 100 × 81 cm.  
Un hombre en la autopista. 1973. 150 × 150 cm.  
Misterio en una playa del sur. 1976. 130 × 81 cm.  
Nostalgia. 1974. 73 × 60 cm.  
Amores con la tierra. 1977. 180 × 120 cm.  
Dos figuras. 1977. 100 × 81 cm.  
Niños. 1977. 100 × 81 cm.  
Composición. 1975. 55 × 46 cm.  
Figuras. 1977. 100 × 81 cm.  
Dos figuras. 1977. 65 × 54 cm.  
Juegos. 1977. 73 × 60 cm.  
Campesino. 1977. 33 × 24 cm.  
Aldeana. 1977. 33 × 24 cm.  
Cabeza. 1974. 55 × 46 cm.



## INDICE

A modo de prólogo y de proclama ... ..	7
Vida, obra y conceptos ... ..	9
El pintor y los poetas... ..	25
El pintor ante la crítica ... ..	31
Datos biográficos y cronológicos... ..	73



## COLECCION

### «Artistas Españoles Contemporáneos»

1. **Joaquín Rodrigo**, por Federico Sopena.
2. **Ortega Muñoz**, por Antonio Manuel Campoy.
3. **José Llorens**, por Salvador Aldana.
4. **Argenta**, por Antonio Fernández Cid.
5. **Chillida**, por Luis Figuerola-Ferretti.
6. **Luis de Pablo**, por Tomás Marco.
7. **Victorio Macho**, por Fernando Mon.
8. **Pablo Serrano**, por Julián Gallego.
9. **Francisco Mateos**, por Manuel García-Viñó.
10. **Guinovart**, por Cesáreo Rodríguez-Aguilera.
11. **Villaseñor**, por Fernando Ponce.
12. **Manuel Rivera**, por Cirilo Popovici.
13. **Barjola**, por Joaquín de la Puente.
14. **Julio González**, por Vicente Aguilera Cerni.
15. **Pepi Sánchez**, por Vintila Horia.
16. **Tharrats**, por Carlos Areán.
17. **Oscar Domínguez**, por Eduardo Westerdahl.
18. **Zabaleta**, por Cesáreo Rodríguez-Aguilera.
19. **Failde**, por Luis Trabazo.
20. **Miró**, por José Corredor Matheos.
21. **Chirino**, por Manuel Conde.
22. **Dalí**, por Antonio Fernández Molina.
23. **Gaudí**, por Juan Bergós Massó.
24. **Tàpies**, por Sebastián Gasch.
25. **Antonio Fernández Alba**, por Santiago Amón.
26. **Benjamín Palencia**, por Ramón Faraldo.
27. **Amadeo Gabino**, por Antonio García-Tizón.
28. **Fernando Higuera**, por José de Castro Arines.
29. **Miguel Fisac**, por Daniel Fullaondo.
30. **Antoni Cumella**, por Román Vallés.
31. **Millares**, por Carlos Areán.
32. **Alvaro Delgado**, por Raúl Chávarri.
33. **Carlos Maside**, por Fernando Mon.
34. **Cristóbal Halfter**, por Tomás Marco.
35. **Eusebio Sempere**, por Cirilo Popovici.
36. **Cirilo Martínez Novillo**, por Diego Jesús Giménez.
37. **José María de Labra**, por Raúl Chávarri.
38. **Gutiérrez Soto**, por Miguel Angel Baldellou.

39. **Arcadio Blasco**, por Manuel García-Viñó.
40. **Francisco Lozano**, por Rodrigo Rubio.
41. **Plácido Fleitas**, por Lázaro Santana.
42. **Joaquín Vaquero**, por Ramón Solís.
43. **Vaquero Turcios**, por José Gerardo Manrique de Lara.
44. **Prieto Nespereira**, por Carlos Areán.
45. **Román Vallés**, por Juan Eduardo Cirlot.
46. **Cristino de Vera**, por Joaquín de la Puente.
47. **Solana**, por Rafael Flórez.
48. **Rafael Echaide y César Ortiz Echagüe**, por Luis Núñez Ladeveze.
49. **Subirachs**, por Daniel Giralt-Miracle.
50. **Juan Romero**, por Rafael Gómez Pérez.
51. **Eduardo Sanz**, por Vicente Aguilera Cerni.
52. **Augusto Puig**, por Antonio Fernández Molina.
53. **Genaro Lahuerta**, por A. M. Campoy.
54. **Pedro González**, por Lázaro Santana.
55. **José Planes Peñálver**, por Luis Núñez Ladeveze.
56. **Oscar Esplá**, por Antonio Iglesias.
57. **Fernando Delapiente**, por José Luis Vázquez-Dodero.
58. **Manuel Alcorlo**, por Jaime Boneu.
59. **Cardona Tarrandell**, por Cesáreo Rodríguez-Aguilera.
60. **Zacarías González**, por Luis Sastre.
61. **Vicente Vela**, por Raúl Chávarri.
62. **Andrés Segovia**, por Carlos Usillos.
63. **Begoña Izquierdo**, por Adolfo Castaño.
64. **Pancho Cossío**, por Leopoldo Rodríguez Alcalde.
65. **Angel Ferrant**, por José Romero Escassi.
66. **Isabel Villar**, por Josep Meliá.
67. **Amador**, por José María Iglesias Rubio.
68. **María Victoria de la Fuente**, por Manuel García-Viñó.
69. **Julio de Pablo**, por Antonio Martínez Cerezo.
70. **Canogar**, por Antonio García-Tizón.
71. **Piñole**, por Jesús Baretini.
72. **Joan Ponç**, por José Corredor Matheos.
73. **Elena Lucas**, por Carlos Areán.
74. **Tomás Marco**, por Carlos Gómez Amat.
75. **Juan Garcés**, por Luis López Anglada.
76. **Antonio Povedano**, por Luis Jiménez Martos.
77. **Antonio Padrón**, por Lázaro Santana.
78. **Mateo Hernández**, por Gabriel Hernández González.
79. **Joan Brotat**, por Cesáreo Rodríguez-Aguilera.
80. **José Caballero**, por Raúl Chávarri.
81. **Ceferino**, por José María Iglesias.
82. **Vento**, por Fernando Mon.
83. **Vela Zanetti**, por Luis Sastre.

84. **Camín**, por Miguel Logroño.
85. **Lucio Muñoz**, por Santiago Amón.
86. **Antonio Suárez**, por Manuel García-Viñó.
87. **Fancisco Arias**, por Julián Castedo Moya.
88. **Guijarro**, por José F. Arroyo.
89. **Rafael Pellicer**, por A. M. Campoy.
90. **Molina Sánchez**, por Antonio Martínez Cerezo.
91. **María Antonia Dans**, por Juby Bustamante.
92. **Redondela**, por L. López Anglada.
93. **Fornells Plá**, por Ramón Faraldo.
94. **Carpe**, por Gaspar Gómez de la Serna.
95. **Raba**, por Arturo del Villar.
96. **Orlando Pelayo**, por M. Fortunata Prieto Barral.
97. **José Sancha**, por Diego Jesús Jiménez.
98. **Feito**, por Carlos Areán.
99. **Goñi**, por Federico Muelas.
100. **La postguerra, documentos y testimonios**. Tomo I.
100. **La postguerra, documentos y testimonios**. Tomo II.
101. **Gustavo de Maeztu**, por Rosa M. Lahidalga.
102. **X. Montsalvatge**, por Enrique Franco.
103. **Alejandro de la Sota**, por Miguel Angel Baldellou.
104. **Néstor Basterrechea**, por J. Plazaola.
105. **Esteve Edo**, por S. Aldana.
106. **M. Blanchard**, por L. Rodríguez Alcalde.
107. **E. Alfageme**, por V. Aguilera Cerni.
108. **Eduardo Vicente**, por R. Flórez.
109. **García Ochoa**, por F. Flores Arroyuelo.
110. **Juana Francés**, por Cirilo Popovici.
111. **M. Droc**, por J. Castro Arines.
112. **Ginés Parra**, por Gerard Xuriguera.
113. **A. Zarco**, por Rafael Montesinos.
114. **D. Argimón**, por Josep Valles Rovira.
115. **Palacios Tardez**, por Julián Marcos.
116. **Hidalgo de Caviedes**, por Manuel Augusto García de Viñolas.
117. **Teno**, por Luis G. de Candamo.
118. **C. Bernaola**, por Tomás Marco.
119. **Beulas**, por J. Gerardo Manrique de Lara.
120. **Hermanos Algora**, por Fidel Pérez Sánchez.
121. **J. Haro**, por Ramón Solís.
122. **Celis**, por Arturo del Villar.
123. **E. Boix**, por José María Carandell.
124. **Jaume Mercadé**, por José Corredor Matheos.
125. **Echauz**, por M. Fernández Braso.
126. **Mompou**, por Antonio Iglesias.
127. **Mampaso**, por Raúl Chávarri.

128. **Santiago Montes**, por Antonio Lara.
129. **C. Mensa**, por Antonio Beneyto.
130. **Francisco Hernández**, por Manuel Ríos Ruiz.
131. **María Carrera**, por Carlos Areán.
132. **Muñoz de Pablos**, por Isabel Cajide.
133. **A. Orensaz**, por Michael Tapie.
134. **M. Nazco**, por Eduardo Westerthal.
135. **González de la Torre**, por L. Martínez Drake.
136. **Urculo**, por Carlos Moya.
137. **E. Gabriel Navarro**, por Carlos Areán.
138. **Boado**, por Ramón Faraldo.
139. **Martín de Vidales**, por Teresa Soubriet.
140. **Alberto**, por Enrique Azcoaga.
141. **Luis Sáez**, por Luis Sastre.
142. **Rivera Bagur**, por A. Fernández Molina.
143. **Salvador Soria**, por Emanuel Borja Jareño.
144. **Eduardo Toldrá**, por A. Fernández-Cid.
145. **Cillero**, por Raúl Chávarri.
146. **Barbadillo**, por Jacinto López Gorgé.
147. **Juan Guillermo**, por Lázaro Santana.
148. **Fernando Sáez**, por Miguel Logroño.
149. **José Antonio Díez**, por A. Delgado, L. M. Díez y J. M. Merino.
150. **Guajardo**, por Ignacio Olmos.
151. **Rafael Leoz**, por Luis Moya Blanco.
152. **Vázquez Díaz**, por Manuel García-Viñó.
153. **Enrique Gran**, por Leopoldo Rodríguez Alcalde.
154. **Venancio Blanco**, por Luis Jiménez Martos.
155. **Gloria Torner**, por Miguel Angel García Guinea.
156. **Juan Navarro Ramón**, por Francisco Rodón Bracons.
157. **Hernández Mompó**, por Francisco Prados de la Plaza.
158. **Jardiel**, por Joaquín Castro Beraza.
159. **Francisco Barón**, por Paloma Esteban Leal.
160. **Maruja Mallo**, por Consuelo de la Gándara.
161. **Lapayese del Río**, por José Gerardo Manrique de Lara.
162. **Anzo**, por Manuel García-Viñó.
163. **Miguel Angel Lombardía**, por Luciano Castañón.
164. **Luis Badosa**, por Juan Sureda Pons.
165. **Gloria Alcahud**, por Rosa Martínez de Lahidalga.
166. **Caruncho**, por Fernando Mon.
167. **Molina Ciges**, por Carlos Areán.
168. **San José**, por Manuel García-Viñó.
169. **Fernández Molina**, por Claudio Bastida.
170. **Florencio Aguilera**, por Carlos Areán.
171. **Gutiérrez Montiel**, por Manuel Ríos Ruiz.



juega al toro... Pintor de ocre y pardos, con ojos azules y pelo claro, de risa tímida que nos oculta algo. Eres mucho pintor en los actuales momentos, y yo sinceramente te admiro por ello.

Amigo Juan, ¿qué más podría decirte en este lienzo?»

Y el prestigioso poeta y crítico José Hierro opina así de este gran pintor andaluz: «Lo que le importa a Gutiérrez Montiel es asomarse a un panorama poblado de desvalidos seres y contarnoslos con ternura, compadeciéndolos. Y para que esta tentativa se lleve a cabo, no entra con las armas de la literatura, sino con las de la pintura más recia y sensible. Gutiérrez Montiel, que es un artista por su capacidad de inventar, es un pintor por la manera de expresar. Sus gamas son siempre contenidas, construidas sobre el eje del ocre. Pero cuánta variedad de matices y qué materia tan expresiva: expresividad que nace de una palpitación de la mano, un toque sensible, sin necesidad de ultimar procedimientos de lenta cocina. Un mundo, en suma, muy personal, contado por un artista que tiene el don de la plasticidad, de pintar como sin pensarlo, como en un impulso incontenible.»

## SERIE PINTORES